

DISCURSO DE INGRESO IDEALES Y ARQUEOLOGÍA EN EL TOLEDO DEL GRECO

JESÚS CARROBLES SANTOS

Académico Numerario

Señor Director, señoras y señores académicos:

Las ciudades históricas son realidades enormemente complejas. Todas y cada una de ellas son algo más que una acumulación de edificios monumentales y aparentes. Son, sobre todo, conjuntos en los que prima la memoria y los empeños colectivos que dotan de identidad a cada población. Toledo es un claro ejemplo de esta situación. Sus monumentos son la consecuencia evidente de las ideas y valores generados por los toledanos en el pasado. Con ellos se creó una imagen ideal de ciudad a la que luego se fue aproximando la realidad, para dar el feliz resultado que todos conocemos y admiramos.

La primera consecuencia de este proceso es que nos encontramos ante una ciudad pensada. Una ciudad en la que cualquier elemento obedece a un importante proceso de reflexión. Sin él es imposible entender el tesón puesto en la construcción de sus grandes obras.

Estos programas colectivos están presentes en todo momento pero adquieren mayor importancia en situaciones de cambio. Eso es lo que ocurrió en el periodo que algunos historiadores llaman el Toledo del Greco y que nosotros hemos ampliado de 1550 a 1650 para incluir el siglo en el que la ciudad alcanza el cénit y se hace evidente su ocaso. En ese tiempo se forjaron los mitos, ideales y visiones de la ciudad moderna cuyo recuerdo llega a nuestros días. Su desarrollo fue posible por la existencia de un círculo intelectual excepcional que influyó en la literatura, el arte, la economía, la religión y la historia de nuestro país. En él nos encontramos con una serie de personajes cuya desaparición

marcó el final de una época, pero no de una manera de actuar, al no faltar toledanos dispuestos a crear nuevos ideales con los que procurar la renovación de su ciudad. Es lo que ocurrió a principios del siglo XX, cuando Toledo despertó de un mal sueño en el que las ruinas tenían excesivo protagonismo.

Este renacer contemporáneo coincidió con el que experimentaron otras poblaciones, pero no todas actuaron de la misma forma. Sólo algunas fueron capaces de imponer cierta calma en sus decisiones para crear modelos en los que el pasado nunca fuera un obstáculo, sino una garantía de futuro. Fue el caso de la ciudad de Toledo. En ella se creó un nuevo sentimiento y orgullo cívico que se llamó toledanidad o toledanismo. Su consolidación fue posible por la existencia de un grupo de intelectuales que contribuyeron a la fundación de esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Sin ellos y sin su esfuerzo, nuestra ciudad sería muy diferente. Sería sobre todo más pobre, material e intelectualmente, con todo lo que esa situación hubiera llegado a significar.

Ese es el verdadero valor de la institución que hoy nos convoca y de las personas que han llevado su medalla. A mí me corresponde recordar y valorar a mis predecesores en la custodia de la número XIII, para la que fui elegido por la generosidad de mis nuevos compañeros. Un gesto que siempre agradeceré al permitirme trabajar con ellos en la consecución de nuevos ideales para Toledo, mi ciudad.

Reconocer la labor que realizaron es fácil. Los que visitan mi casa y mi biblioteca, conocen el valor que siempre he dado a la pintura de Vicente Cutanda y a las obras de Alfonso Rey Pastor. La primera está presente en mis paredes y la segunda en ese estante en el que todos reunimos los libros que más nos interesan. Ambos fueron dignísimos portadores de una medalla que también llevó durante décadas Julia Méndez Aparicio a la que debo agradecer el trabajo realizado en esta Real Academia, desde su ingreso en 1970 hasta este año de 2012, en el que un cambio de domicilio le impedía cumplir con las obligaciones académicas que yo, ahora, asumo con entusiasmo.

Julia Méndez, natural de León, es Maestra Nacional y licenciada en Lenguas Románicas por la Universidad Complutense de Madrid. Terminada su carrera se diplomó en la Escuela de Documentalistas e ingresó en 1955 en el Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos. Poco después, en 1959, se hizo cargo de la Dirección de la

Biblioteca Pública de Toledo, iniciando un periodo de frenética actividad en el que nuestra Académica consiguió que una institución importante, pero con escasa proyección pública, se transformase en una auténtica Casa de la Cultura. De esta manera y gracias a su trabajo, se creó el primer centro cultural activo y moderno de Toledo, capaz de proyectarse a otras muchas localidades de la provincia. Con su esfuerzo, la biblioteca del Miradero, como todos la conocíamos, albergó muestras de artesanía, las interesantes y añoradas decenas de música, conciertos, exposiciones, proyecciones y otras muchas actividades que enriquecieron nuestra sociedad.

Su buena labor profesional se comprueba en el importante número de publicaciones realizadas. En ellas muestra un claro compromiso con las bibliotecas toledanas y la encomiable capacidad de trabajo que mantiene, mostrada en sus trabajos más recientes.

La excelencia demostrada merece este reconocimiento. También el que quiero hacer llegar de forma expresa, a los académicos Ramón González, Julio Porres y José Luis Isabel, que firmaron y apoyaron mi candidatura. A ellos les debo un agradecimiento especial y un compromiso al que no cabe defraudar.

Y ahora, cumplida la deuda con los que nos precedieron y presentaron, volvamos al análisis de la ciudad, al de sus círculos culturales y a los ideales que éstos generaron en los siglos XVI y XVII. En ellos se encuentra el origen de nuestra arqueología.

Ideales y Arqueología en Toledo. 1550-1650.-

El origen de la arqueología como herramienta para conocer el pasado es consecuencia del triunfo del ideario renacentista, en concreto del humanista italiano que hizo su aparición puntual en la Castilla de finales del siglo XIV, aunque hubo que esperar a los años centrales del XVI para que se notaran sus efectos y se impusieran nuevas maneras de mirar el pasado¹. Con ellas se consolidó la idea de que la Antigüedad era una etapa dorada de la Historia de la humanidad y una fuente válida de conocimiento.

¹ Baron, H., *En busca del humanismo cívico florentino. Ensayos sobre el cambio de pensamiento medieval al moderno*, Méjico 1993; Camillo, O. di, *El humanismo castellano del siglo XV*, Valencia 1976; Cappelli, G.M., *El humanismo italiano:*

Este interés por la cultura clásica coincidió con otros avances teóricos que provocaron un importante cambio en el trabajo de los historiadores. Me refiero al inicio de la práctica de la crítica histórica. De ella deriva la importancia que adquieren las pruebas arqueológicas. A ellas se refirió Antonio Agustín, obispo de Tarragona y autor de importantes obras sobre numismática antigua en el siglo XVI, cuando dijo: «*Yo doy más fe a las medallas, a las lápidas y las piedras, que a todo aquello que dicen los escritores*»².

La principal consecuencia de todo ello fue la aparición de una historia en la que la arqueología adquirió un importante y novedoso protagonismo, que quedó reflejado en las primeras publicaciones sobre la cultural material del pasado. Un tipo de conocimiento muy diferente del cultivado por los cronistas herederos de las corrientes medievales, que todavía realizaban una historia subjetiva destinada a ensalzar las hazañas de determinadas instituciones o personajes.

A este interés por el mundo antiguo y la crítica, hay que sumar la consolidación de la ciudad como sujeto histórico. El inicio del debate sobre el origen de las grandes poblaciones coincide con la aparición de sus primeras representaciones en obras artísticas o con la consolidación de muchos de sus símbolos³. Esta aparente coincidencia no es fruto del azar sino del triunfo de una nueva manera de entender la realidad urbana en los inicios de la modernidad, relacionada con la aparición del estado moderno. Su viabilidad se basó en el aprovechamiento de la ciudad como célula básica del sistema. De ahí el auge de planteamientos que consideraban a los nuevos estados como federaciones de *civitates*, una auténtica red de repúblicas urbanas, que tendieron a dotarse de mecanismos de afirmación y a competir entre sí⁴.

Un capítulo de la cultura europea entre Petrarca y Valla, Madrid 2007; Garín, E., *La revolución intelectual del Renacimiento*, Barcelona 1981; Gómez Moreno, A., *España y la Italia de los humanistas*, Madrid 1994; Rico, F., *El sueño del Humanismo*, Madrid 1993.

² Agustín, A., *Dialogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades...*, Tarragona 1587, p. 377.

³ Leblic, V., *Símbolos históricos de la ciudad de Toledo*, Toledo 2011, pp. 53-88.

⁴ Aranda, F.J., «Repúblicas ciudadanas. Un entramado político oligárquico para las ciudades castellanas en los siglos XVI y XVII», en *Estudis*, 32, 2006, pp. 7-47;

Fruto de esta situación fue el desarrollo de la ciudad como figura jurídica, política, económica y cultural. También el crecimiento de un orgullo cívico hasta entonces nunca tan desarrollado, que culminó con la creación de conceptos como el de patria local⁵. A ello se debe el que todas las ciudades hicieran lo necesario para potenciar su imagen idealizada, con la que mostrar su **nobleza, cristiandad y antigüedad**, que eran los criterios más valorados para situar a las poblaciones en el mapa del poder⁶.

Toledo fue una de las ciudades más activas en ocuparse de su pasado, primero para justificar los privilegios que disfrutaba en momentos de bonanza y luego para defender los pocos que le quedaron cuando se confirmó su crisis. A esta peculiar evolución se debe la generación de anhelos colectivos distintos que decantaron la evolución de nuestra naciente arqueología. Ésta tuvo que desempeñar un importante papel en la argumentación de un pasado glorioso del que, por ejemplo, carecía la villa de Madrid, en la que la monarquía, para asombro de muchos, se empeñaba en residir.

Centenero de Arce, D., *De Repúblicas urbanas a ciudades nobles. Un análisis de la evolución y desarrollo del republicanismo castellano (1550-1621)*, Madrid 2012; Kagan, R.L., *Las ciudades del Siglo de Oro*, Madrid 1987; Kagan, R.L., «La Corografía en la Castilla moderna. Género, historia, nación», en *Studia Histórica, Historia Moderna*, vol. XIII, 1995, pp. 47-59; Quesada, S., *La idea de ciudad en la cultura hispana de la Edad Moderna*, Barcelona 1992.

⁵ Maravall, J.A., «Estado moderno y mentalidad social (siglos XV a XVII)», en *Revista de Occidente*, tomo I, 1972, pp. 457-525; Gómez, J.I., «Los santos patronos y la identidad de las comunidades locales en la España de los siglos XVI y XVII», en Serrano, E., (coord.), *Fábrica de santos: España, siglos XVI-XVII, Jerónimo Zurita*, 85, 2010, pp. 43-44.

⁶ Aranda, F.J., *Poder y poderes en la ciudad de Toledo. Gobierno, Sociedad y Oligarquías en la Edad Moderna*, Cuenca 1999; Benito, E., *La prelación ciudadana. Las disputas por la precedencia entre las ciudades de la Corona de Castilla*, Toledo 1972; Martínez Gil, F., *La invención de Toledo. Imágenes históricas de una identidad urbana*, Ciudad Real 2007; Martínez Gil, F., «De civitas regia a civitas dei. El imaginario histórico de Toledo en los siglos XVI y XVII», en Vizuete, J.C. y Martín, J., (coords.), *Sacra loca toletana. Los espacios sagrados en Toledo*, Cuenca 2008, p. 320.

El estudio de esta evolución marcada por ideales, orgullo cívico y restos arqueológicos, hay que realizarlo de forma conjunta con el fin de entender los motivos que impulsaron las principales actuaciones que luego describiremos. Sólo después de conocerlas, podremos ocuparnos de otros aspectos destacados como son la valoración de la evolución producida y el grado de ambición puesto en tanto esfuerzo, fundamentalmente en la divulgación de sus resultados.

El primero de los argumentos más utilizados en la elaboración y defensa de la nueva imagen de Toledo es el que tuvo que ver con la noción de **nobleza**. Al igual que ocurría con la sociedad estamental, ordenada en función de los privilegios acumulados por las familias a lo largo de siglos, se estableció un sistema de valores parecido que clasificaba las ciudades por sus títulos y privilegios⁷. De la importancia dada a este criterio de valoración se derivan dos tipos de comportamientos basados en el pasado. Por un lado, la tendencia a lucir, acumular e incluso otorgarse títulos de dudosa legitimidad y, por otro, la búsqueda de una especial vinculación con la monarquía, de la que dependía su conservación y acrecentamiento.

En Toledo, al título de *Muy noble y leal ciudad* concedido por Enrique IV y al tradicional derecho al voto en Cortes, se añadieron expresiones vacías de contenido legal que tendieron a convertirse en nuevos reconocimientos. Es el caso de la etiqueta de Ciudad Imperial⁸, surgida de la especial relación que la ciudad mantuvo con Carlos V y de la recuperación de la antigua *civitas regia* visigoda⁹. Para consolidarla y crear otras titulaturas parecidas, se fomentó el trabajo de los historiadores que hicieron una importante labor. Éstos se lanzaron a la búsqueda de antiguos privilegios en el pasado más lejano y difícil de contrastar. A ellos se deben los primeros hallazgos y las primeras

⁷ Navarro, A.M., «Pasado y antigüedad clásica en los discursos sobre ciudades. Las laudes en la historiografía andaluza», en *Temas medievales*, 16, 2008, sin paginar.

⁸ Díez del Corral, R., *Arquitectura y mecenazgo. La imagen de Toledo en el Renacimiento*, Madrid 1987.

⁹ Salazar de Mendoza, P., *Crónica de el gran cardenal de España, don Pedro González de Mendoza*, Toledo 1625, fol. 4, «La real la llamaron los reyes godos en sus leyes, teniéndola por silla y cabeza de su Monarquía.»; Martínez Gil, F., *Op. cit.*, 2008, pp. 322-333.

falsificaciones de monedas e inscripciones, con las que añadir argumentos a favor de la nobleza de Toledo. Una de ellas tiene que ver con la manipulación de una acuñación nómida a la que se añadió la leyenda Tole y las siglas VV, con el fin de imitar a las monedas de *Oscá* (Huesca) y sumar a la lista de honores locales el siempre honroso título de *Vrb̄s Victrix*, Ciudad Victoriosa¹⁰.

Junto a él, se buscaron otros títulos que los historiadores consideraban había disfrutado la ciudad en la Antigüedad. Salazar de Mendoza, por ejemplo, consideró que Toledo, en época de César, había sido Metrópoli de la Carpetania y la Cartaginense, Colonia y Caja para los tesoros de Roma, Plaza de Armas de César y Cámara Imperial de Augusto¹¹. Para dar algo de verosimilitud a tanto reconocimiento, se recurrió de nuevo a la numismática, en concreto a una pieza grabada por Huberto Goltzio en su *C. Ivli Caesaris, Augusti et Tiberi Nomismata*, que presentaba el busto de César en el anverso y una cabeza con corona murada en el reverso, acompañada de una leyenda que hacía referencia a Publio Carisio y a la colonia toledana¹². También, a otra pieza parecida, supuestamente acuñada por Calígula, que sólo conocemos

¹⁰ Esta moneda se reproduce en Martín Gamero, A., *Historia de Toledo*, Toledo 1862, que a su vez la toma de Flórez, E., *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, Madrid 1757-1758.

¹¹ Salazar de Mendoza, P., *Op. cit.*, Toledo 1625, fol. 4, «*En lo demás parece haber nacido y criádose Toledo para cabeza espiritual de España, según lo que le ha pasado en todos los tiempos. Plinio dice, era Metrópoli de la Carpetania provincia de las antiquísimas en que se dividía España, en su niñez, y también lo fue de la Cartaginense. Fue Colonia de Romanos, y caja donde recogían los tesoros y riquezas que enviaban a Roma. Julio César la tuvo por plaza de armas y por refugio en sus adversidades, y Augusto César por Cámara Imperial.*»

¹² Nonni, L., *Comentarius in nomismata IMP. IVLI. AVGVSTI. ET TIBERI. Huberto Goltzio Sculptore*, Amberes 1620, p. 81, Tabla LV-XIX; Rojas, P. de, *Historia de la Imperial, nobilissima, ínclita y esclarecida ciudad de Toledo*, Madrid 1654, Tomo I, p. 179. En la primera de las obras citadas, la moneda se describe así: «*Hállanse Monedas de Bronce de este Emperador, hechas por los de Toledo, que dicen P. CARISIO LEGADO, en lugar de pretor. Tenían el rostro de Augusto en un lado, y en el otro una doncella con una Corona de Almenas sobre la cabeza y unas letras que decían TOL. COL. Toledo Colonia. Ponía el rostro de Augusto esta Ciudad, en reconocimiento de la merced que de él había recibido, y ponía el nombre de Carisio por haberse hecho Colonia por su intercesión; y Toledo, que la había recibido, y en memoria de esta merced, batía esta Moneda.*»

por la descripción que realizó Martín Ximena en 1648¹³. En ambos casos estamos ante evidentes falsificaciones que jugaron un importante papel en la reivindicación del carácter imperial de la ciudad por su equiparación con la concesión del estatuto colonial a Toledo en el siglo I a.C. El mejor ejemplo de su utilización lo tenemos en la obra de Diego de Castejón *Primacía de la Santa Iglesia de Toledo, su origen, sus medras y progresos...*, en la que, partiendo de estas piezas, se afirmaba que César «... mandó a Publio Carisio, que de Mérida a Toledo pasase la Colonia militar, en consideración de la gran comodidad que era de toda España...»¹⁴.

También se utilizaron otras fuentes arqueológicas para apoyar la concesión de tan importante como inexistente estatuto privilegiado en época romana. Destaca la lectura dada a una inscripción, esta sí auténtica, en la que aparece un *Pompei*, rápidamente identificado con Gneo Pompeyo el Mozo, hijo de Pompeyo el Grande, que habría residido y actuado desde Toledo, con todo lo que eso vendría a significar¹⁵. Una

¹³ El documento manuscrito se cita en Martín Gamero, A., *Historia de Toledo*, Toledo 1862, p. 166, y fue publicado por Moraleda y Esteban, J., *Numismática toledana*, 2ª edición, Toledo 1893, p. 34. En él se decía: «En otra moneda de cobre que yo tengo de esta circunferencia, que parece del tiempo del Emperador Calígula, donde por la una parte en que está su rostro dice: CAIVS. CAESAR. AVGVSTVS. GERMANICVS. PONTIFEX. MAXIMVS. TRIBUNICIE POTESTATIS, en la otra parte por el reverso se ve un galero, insignia de Pontífice de los Ídolos el Caduceo que de tiempos aquí se profesó y de la grandeza de ingenio de sus naturales, y un coturno, vaso de sacrificios, por su religión y esta letra COLONIA TOLETVM.»

¹⁴ Castejón y Fonseca, D., *Primacía de la Santa Iglesia de Toledo. Su origen, sus medras, sus progresos*, Madrid 1645, p. 312.

¹⁵ La inscripción se conservaba en Toledo y se venía utilizando para vincular a la ciudad con la figura de Pompeyo desde mediados del siglo XVI. A ello se refiere Ambrosio de Morales, en su obra *Las Antigüedades de las ciudades de España*, Alcalá de Henares 1575, fol. 90a., en la que se dice: «Hallase una piedra con estas letras

POMPEII PEREGRINI PEREGRE. D. ANN. XXX
COLL. F. CORNELIA CIN. F.

Esto no más dicen que se lee, por estar la piedra quebrada, la cual yo no he visto, y luego se ve en ella, como no tienen razón los que la tienen por cipo de Cn. Pompeyo el mozo, como yo lo trato cuando la historia llega a su muerte.» A pesar de expresar una opinión tan clara, su aportación fue interpretada de manera interesada pocos años después. La mejor muestra de todo ello la tenemos en la obra de Diego de Castejón,

lectura parecida recibieron las monedas, también auténticas, con marca de ceca *Tole*, que se interpretaron como acuñaciones de Marco Antonio¹⁶. Con ellas se quería mostrar que «... esta ciudad tenía más que resabios de Imperial, pues en las monedas que han sido y son la *Regalía mayor*, se ponía por señal el nombre de *Toledo*»¹⁷.

Junto a esta búsqueda de reconocimientos, la ciudad se preocupó y mucho, por mostrar la extraordinaria vinculación que había disfrutado con la monarquía en el pasado y justificar la que debía mantener en aquel presente. Así, para tratar de revertir la situación y recuperar el favor del rey perdido desde 1561, la población se involucró en un programa de modernización¹⁸. También en otro de exaltación

Op. cit. Madrid 1645, p. 314. En ella se recurre a Ambrosio de Morales y al falso cronicón de Iulianus, para defender las pretendidas vinculaciones con destacados personajes que harían de Toledo una ciudad privilegiada en la antigüedad: «*Ambrosio de Morales que sintió con Julián Pérez, con piedras, y letreros intenta probar mi discurso: pone la piedra que en Toledo se halló con memorias de Pompeyo, con que se persuade a que en tiempo del mayor esta ciudad era ilustre Colonia Romana.*»

¹⁶ La primera referencia la encontramos de nuevo en la obra de Ambrosio de Morales, *Op. cit.*, Alcalá de Henares 1575, fol. 90a y 90v: «*Y yo he visto una moneda antigua de Romanos, que a lo que pude juzgar por la semejanza tenía el rostro de Marco Antonio el capitán de Julio César: Porque también en las pocas leyendas que se podían leer, había estas dos AN. Con el principio de su nombre. De la otra parte tenía el Celeste, o caballo ligero, que se usa en las más monedas antiguas de Españoles. Abajo estaban las letras: TOLE. Donde parece se dice TOLETVUM.*». Años después, esta opinión fue utilizada para defender propuestas mucho más interesadas, siguiendo un modo de actuación ampliamente repetido. Un ejemplo lo tenemos de nuevo en la preciosa y poco conocida obra de Diego de Castejón, *Op. cit.*, Madrid 1645, pp. 314-315: «*En monedas antiquísimas halló Morales vestigios manifiestos de lo que voy probando. Marco Antonio Capitán General de Julio César, en la moneda que batió en este reino, en veneración de Toledo, la escogió, y puso por inscripción en ella. Este autor dice que vio él esta moneda antigua, que por una parte tenía por sello el rostro de Marco Antonio; persuadese a entenderlo, porque en las letras, que no había consumido el tiempo, permanecían las dos primeras iniciales de su nombre: a la vuelta se conocía esculpido el Celte, insignia más común de las Romanas monedas, y a los pies tenía tres letras primeras del nombre de Toledo, que no es pequeña prueba de la singular estimación que en tiempos de los Romanos tuvo esta ciudad.*»

¹⁷ Castejón, D. de, *Op. cit.*, Madrid 1645, p. 315.

¹⁸ Kagan, R. L., «La Toledo del Greco», en AA.VV., *El Greco de Toledo*, Berlín 1982, pp. 41-44; Marías, F., *La arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631)*, Toledo 1983, Tomo I, pp. 123-133.

monárquica para el que se recurrió a los reyes visigodos, representados en la figura de Wamba, que pasó a ser considerado un prototipo del monarca católico, victorioso, prudente y sobre todo toledano que, según nuestra gente, exigían los tiempos¹⁹. A ello se debe el interés despertado por sus restos en la perdida cripta de Santa Leocadia ubicada junto al Alcázar²⁰. Éstos fueron descritos en un memorial dirigido al rey en 1568, en el que se quería señalar la vinculación del nuevo palacio real con el templo mandado edificar por Sisebuto para su enterramiento²¹ y en el que Alfonso X habría mandado guardar los restos de Wamba²². Las afirmaciones incluidas en este documento fueron desmentidas por Juan Bautista Oliverio, veedor de las obras del Alcázar, que puso de manifiesto que los restos pertenecían a una capilla ubicada fuera del ámbito de las obras del Alcázar y que la supuesta cripta regia, debía haberse construido como panteón de alguna familia local, aunque luego fuera utilizada para fines más importantes²³.

¹⁹ Martínez Gil, F., *Op. cit.*, 2008, pp. 341-342.

²⁰ Una descripción de la cripta en la época que estudiamos, es la realizada por Antonio de Quintanaduñas, *Santos de la Ciudad de Toledo, y su arzobispado...*, Madrid 1651, pp. 219-220, «*Venerado fue este (templo) en el Imperio de los Godos; arruinado en el de los Africanos, y ya recuperado Toledo, reedificado en el de los Reyes Católicos, como lo reedificó el Rey don Alonso el Sabio, y le enriqueció, y para mayor ostentación de su estima, mandó traer a ella los huesos de los dos esclarecidos Reyes Recesvindo y Bamba. Y si bien lo suntuoso del edificio antiguo se conoce arruinado, hoy se conserva lo principal de este Santuario, que es la capilla de él, en el mismo sitio de su cárcel. Bajase por unos escalones, tiene erigido su Altar, con su retablo de alabastro, o mármol, en que están esculpidos tres pasos de su martirio (...) Allí se ve y adora, al lado del Evangelio, la dura piedra, en que con el dedo pulgar gravó Leocadia la señal de la Cruz, a los dos lados están los dos sepulcros, o Urnas de los dos Reyes, Bamba y Recesvindo, obra antigua.*»

²¹ Cano de Gordoqui, J.L., «La cripta e iglesia de Santa Leocadia y la Fábrica del Alcázar en el siglo XVI», en *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de Valladolid*, n° LXXV, 2009, pp. 85-92.

²² Izquierdo, R., «Alfonso X el Sabio, ¿Primer arqueólogo medievalista?», en *Historia, instituciones, documentos*, n° 28, 2001, pp. 231-240.

²³ Por su importancia simbólica, los restos fueron utilizados en otros momentos «delicados» en la historia de la ciudad, caso del que tuvo lugar en la empobrecida población de mediados del siglo XIX. Fue entonces cuando se extrajeron los restos y se trasladaron a la catedral en un cortejo en el que participaron diferentes autoridades.

A pesar de los pocos resultados obtenidos en este primer intento, algunos historiadores toledanos mantuvieron viva la tradición, cambiando los restos de Sisebuto por los de Recesvinto, que habrían sido traídos de Valencia. Fruto de todo ello y de la redacción de nuevos documentos, fue que el rey acabara interesándose por las reliquias civiles allí conservadas y visitara el lugar en 1575. Para hacerlo posible, fue necesario que el historiador Esteban de Garibay y el arquitecto Juan de Herrera, iniciaran una breve actuación arqueológica que permitió acondicionar la bóveda y abrir las sepulturas²⁴.

Un origen reivindicativo parecido tuvo la actuación emprendida por el corregidor Gutiérrez Tello en el mismo año 1575, destinada a cristianizar las murallas de Toledo mediante la retirada de las antiguas inscripciones islámicas y la introducción de una nueva epigrafía romanista

Ver en: Ríos, R. A. de los, «La leyenda de las sepulturas de Recesvinto y Wamba en Toledo. Sus vicisitudes y sus consecuencias», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, n° 11-12, 1907, pp. 327-365.

²⁴ Garibay, E., Memorias. Edición a cargo de Gayangos, P. de, publicadas en *Memorial Histórico Español: colección de documentos, opúsculos y antigüedades, que publica la Real Academia de la Historia*. Tomo VII, Madrid 1854, pp. 362-363. «... y sabido que había de entrar (el rey) esta vez en Toledo fue luego a esta ciudad, en la cual a 29 de Abril (1575) viernes antes de medio día, entrando Su Majestad en Toledo con la serenísima Reina Doña Ana su mujer, que nunca había visto esta ciudad, y el sábado siguiente por la mañana 30 de él, subiendo yo en su alcázar, topé en el patio con Juan de Herrera, maestro mayor de sus obras, e yendo luego juntos a la iglesia de la virgen y mártir San Leocadia, conjunta a esta casa Real, bajamos a la bóveda e hicimos levantar las lápidas de las sepulturas de los Reyes godos Flavio, Recesvintho y Bamba, en ella sepultados. Quedando yo acabando de poner esto en orden, subió Juan de Herrera a Su Majestad, el cual bajando de allí a buen rato, cuando yo había subido a las puertas de la iglesia a sacudir el polvo que se me había pegado en la dicha labor, asomo en ellas Su Majestad, y luego comenzó a bajar por las gradas a la bóveda y yo tras él inmediatamente, y pasado en el último escalón comenzó a mirar la bóveda y retablo suyo, y a algunas preguntas que hizo le satisfice (...)

El lunes siguiente 2 de Mayo después de comer, los dichos Condes de Chinchón y Buendía, y Sancho Busto de Villegas, del Consejo de la general Inquisición y gobernador del arzobispado de Toledo, que después fue obispo de Ávila, y García de Loaysa Girón, arcediano de Guadalajara y canónigo de Toledo, que ahora es justamente capellán y limosnero de Su Majestad, y el dicho secretario y su amigo el maestro Alvar Gómez de Castro y otras personas bajaron a ver las sepulturas de los dichos Reyes...»

compuesta por Alvar Gómez de Castro, acompañada con la imagen de los santos locales²⁵. Un proyecto basado en la remodelación de los muros de la ciudad atribuida al mismo rey Wamba, que los historiadores relacionaban con la colocación de las que consideraban sus armas y que, en realidad, eran clipeos visigodos procedentes del palacio regio, ubicados en época califal en los lugares más significativos del muro de la ciudad²⁶.

Esta corriente que buscaba en el pasado visigodo la justificación de los privilegios de la ciudad moderna, se relaciona con otros esfuerzos dirigidos a potenciar la imagen de Toledo como **ciudad santa y cristiana** por excelencia²⁷. Este criterio de valoración partía de la consideración de que toda ciudad que aspirara a tener una posición destacada, debía contar con santos, mártires y apariciones que mostraran su vinculación

²⁵ Narbona, E., *Historia de D. Pedro Tenorio arzobispo de Toledo*, Toledo 1624, fol. 113v. – 114a., «Reinando don Felipe II. Rey de España se hicieron algunos reparos, y lucimientos en las puertas y puentes de Toledo, y en este de San Martín se puso en un nicho de conveniente arquitectura, una excelentísima estatua de mármol, imagen de San Julián Arzobispo, y Patrón de Toledo, obra de Juan Bautista Monegro, natural de Toledo, excelentísimo estatuario, Maestro mayor de las obras de los Alcázares, y Santa Iglesia de esta ciudad: debajo del nicho, en una losa de mármol blanco se puso esta inscripción que hizo el doctísimo Maestro Alvar Gómez de Castro, varón por religión, y por letras, digno de toda referencia, Colegial presbítero de mi insigne Colegio de Santa Catalina de Toledo.»

²⁶ La primera referencia a estos relieves la encontramos en la obra de Alcocer, P., *Historia, o descripción de la Imperial cibdad de Toledo*, Toledo 1554, fol. LIIIV., «... que es hacia la ermita de San Leonardo y la puente de Alcántara: adonde se ven hoy esculpidos en piedra, los que todos tienen por cierto que son armas y insignias del dicho rey Wamba: como parece en otras diversas partes del muro de esta ciudad: y aún demás de este alcázar y de todo lo que está en torno del.» Desde entonces, esta referencia a las armas de Wamba aparece en la mayor parte de las obras sobre el pasado de la ciudad. Un ejemplo lo tenemos en la del tanta veces citado Castejón, D. de, *Op. cit.*, Madrid 1645, p. 337. «De las ruinas del (palacio real), y de su suntuoso edificio hay memoria en Toledo, que dura desde el tiempo del señor Rey Wamba, las vemos a modo de «cucharas» que se ven en la Torre de los Abades, si las llaman insignias de este Rey, ruinas fueron de este edificio.»

²⁷ Martínez, F., Religiosidad e identidad urbana en el arzobispado de Toledo (siglos XVI-XVII)», en Vizuete, J.C. y Martínez-Burgos, P., (coords.), *Religiosidad popular y modelos de identidad en España y América*, Cuenca 2000, pp. 15-58; Martínez Gil, F., *Op. cit.*, 2008, pp. 349-354.

con el cristianismo desde momentos antiguos²⁸. A ello se deben afirmaciones como la de Salazar de Mendoza en la que Toledo aparece como una de las primeras ciudades en abrazar el cristianismo en el mundo, tan sólo después de Judea, Galilea y Samaria²⁹. Con ellas se buscaba un puesto de honor en el nuevo y jerarquizado mapa de lo sagrado que tenía una evidente lectura en aquel presente³⁰.

Las disposiciones tomadas en el Concilio de Trento fueron decisivas en este sentido, al imponer nuevas maneras de expresar la fe. Así, en contestación a los principales postulados de las distintas iglesias protestantes, se impulsó el papel de los santos como mediadores entre el mundo terrenal y el divino, adquiriendo entonces un destacado papel como símbolos de los principales núcleos urbanos. Su culto se vio favorecido, además, por la actitud de los monarcas, la consecución de las primeras canonizaciones hispanas en siglos³¹ y, sobre todo, por la bula de Gregorio XIII que permitió a las iglesias locales venerar a sus santos naturales, aunque éstos no estuviesen reconocidos por Roma³².

Consecuencia de este proceso fue el desarrollo de una exaltada religiosidad y de una imaginación popular predispuesta al hallazgo de todo tipo de reliquias y tesoros sacros, caso del que nos describe Eugenio de Robles en la iglesia de Santa Eulalia. En ella se encontró un cofrecillo «... *el cual fuera de muchas reliquias, y parte de las vestiduras de*

²⁸ Salazar de Mendoza, P., *Op. cit.*, Toledo 1625, fol 19, «*Entre las excelencias sobrenaturales, con que más se ensalza Toledo, son las apariciones de muchos santos, que se han notado en la ciudad.*»

²⁹ Salazar de Mendoza, P., *Op. cit.*, Toledo 1625, fol 18, «*En haber seguido Toledo la santa Religión Católica, se puede afirmar es de las primeras ciudades del mundo. Esto es cierto, por haber sido de las primeras de España que la recibieron, y España después de Judea, Galilea y Samaría, la primera provincia del universo que la abrazó...*»

³⁰ Barrios, M., «El Sacromonte de Granada y la religiosidad contrarreformista», en Sánchez, V. y Ruiz, J., (coords.), *La Religiosidad popular y Almería: actas de las III Jornadas*, Almería 2004, pp. 15-37; Gómez, J.I., *Op. cit.*, pp. 39-74; Martínez, F., *Op. cit.*, Cuenca 2000; Navarro, A.M., «Los santos y el imaginario urbano en los discursos historiográficos: Andalucía siglos XIII-XVII», en *Hispania Sacra*, LXII, 2010, pp. 457-489.

³¹ Dandeleth, Th.J., *La Roma española (1500-1700)*, Barcelona 2002.

³² Navarro, A.M., *Op. cit.*, 2010, p. 467.

algunos Apóstoles y santos mártires, tenía un pedazo de la Santa Cruz en que Cristo nuestro señor obró nuestra redención...»³³. Más repercusión tuvo el hallazgo del supuesto templo de San Tirso que es nuestro Sacromonte toledano³⁴. Los hechos ocurrieron en los años 1594 y 1595 y fueron consecuencia de las obras de ampliación del Sagrario de la catedral, que implicó el traslado del Hospital del Rey. Su nueva construcción propició la aparición de restos de antiguas edificaciones³⁵, entre ellas las que se identificaron «... con un templo antiguo, y muchos huesos de difuntos, y piedras grandes, fuertes, bien labradas...»³⁶,

³³ Robles, E. de, *Compendio de la vida y hazañas del Cardenal don Francisco Ximénez de Cisneros: y del Oficio y Misa Muzarabe*, Toledo 1604, pp. 220-221, «*La tercera iglesia Mozárabe de Toledo, es la parroquial de Santa Eulalia virgen y mártir: templo que de sólo verle, se puede colegir su antigüedad, y los centenares de años que por él han pasado. Tiene muchos lucillos y sepulcros antiguos, en diversas parte del. Lo más notable y digno de memoria que yo hallo en esta iglesia es, que reparando en ella una pared, que por su gran antigüedad amenazaba caerse en gran daño de la iglesia, se descubrieron un antiguo hueco y en él hallaron un cofrecito, que al presente está en una alhacena, al lado del Evangelio, junto al altar mayor: el cual fuera de muchas reliquias, y parte de las vestiduras de algunos Apóstoles, y santos mártires, tenía un pedazo de la Santa Cruz en que Christo nuestro señor obró nuestra redención, que hoy está colocada en un relicario de plata, en el mismo tabernáculo y sagrario donde está el Santísimo Sacramento de esta iglesia.*

Y aunque luego fue estimada esta santa reliquia, como prenda tan celestial y divina, lo ha sido después mucho más, por los notables y evidentes milagros que por virtud della ha obrado nuestro Señor...»

³⁴ Martínez de la Escalera, J., «Jerónimo de la Higuera S.J.: falsos cronicones de Toledo, historia de Toledo, culto de San Tirso», en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Madrid 1991, pp. 69-97.

³⁵ Los restos encontrados que fueron interpretados como restos del templo dedicado a San Tirso, eran en realidad los de un baño árabe, tal y como ya indicaron algunos de los personajes consultados en el momento de su aparición. A esta misma conclusión llegó Manuel Gómez Moreno en época más reciente al realizar su estudio sobre los templos mozárabes de España. Gómez Moreno, M., *Arte español de los siglos IX a XI*, Madrid, 1919, pp. 11-12. Un estudio más reciente de estos restos lo encontramos en: Passini, J., «Los Baños y el agua en Toledo», en *Baños Árabes en Toledo*. Los monográficos del Consorcio II, Toledo 2006, p. 44.

³⁶ Cárcamo, A., *Traslado de la carta y relación que embio a su magestad el señor don Alonso de Cárcamo, Corregidor de la Imperial ciudad de Toledo, a cerca del Templo que en ella se ha hallado, del señor San Tyrso*, Toledo 1595, fol 2a.

que despertaron el interés de los historiadores, sobre todo tras el hallazgo de una pieza metálica en forma de tapadera que incluía las iniciales C y S bajo una corona real. Una pieza similar a la descrita en una carta del rey Silo al obispo Cixila que, «providencialmente», había descubierto Jerónimo Román de la Higuera en la catedral. Él fue el primero en ofrecer una interpretación de los restos encontrados al vincularlos con un templo dedicado a San Tirso que, de acuerdo con el citado documento, habría sido natural de Toledo.

En pocos días, el hallazgo se difundió y la población toledana se volcó con los restos y con su nuevo santo. Su corregidor Alonso de Cárcamo redactó un primer memorial destinado al rey, que lo acogió con el mayor interés³⁷. De hecho, fue el propio Felipe II el que difundió la noticia en la corte y el que prometió una visita a los restos en próximas estancias en la ciudad. A su vez, los vecinos hicieron suyo el descubrimiento y dieron los primeros pasos para crear una cofradía destinada a honrar a San Tirso e iniciar la construcción de una capilla que recogiera la memoria del nuevo santo local que, de forma casi milagrosa, venía a reforzar el debilitado orgullo cívico de los toledanos en torno al año 1600³⁸.

Para dotar de veracidad a lo encontrado, se recurrió a historiadores prestigiosos como Esteban de Garibay, que solía manifestarse a favor de todo aquello que fuera grato al oído del monarca³⁹. Sin embargo y dada la calidad intelectual de las personas interesadas por estos temas en Toledo y en contraste con lo que sucedió en Granada con el Sacromonte, hubo quien dudó de Román de la Higuera y de la autenticidad de las piezas encontradas. Fue el caso de Pedro Salazar de Mendoza, del bibliotecario

³⁷ Martínez de la Escalera, S.J., *Op. cit.*, 1991, pp. 85-86.

³⁸ Un ejemplo del rápido interés despertado lo tenemos en la obra de Villegas, A. de, *Vida de San Thyrsos Martyr, colegida de diversos autores*, Toledo 1595.

³⁹ Su primer parecer fue favorable a la versión dada por Román de la Higuera, tal y como puede comprobarse en Garibay, E., «Relación que hizo a su magestad Esteban de Garibay su Cronista», en Cárcamo, A. de, *Op. cit.*, Toledo 1595. Más tarde y tras conocer el rumbo que tomaban los acontecimientos, dirigió una carta al rey en la que puso de manifiesto las causas que le habían llevado a apoyar inicialmente algunas posturas, de las que entonces renegaba. Una copia de esta carta se publica en Cirot, G., «Documents sur le faussaire Higuera», en *Bulletin Hispanique*, Tomo 8, n° 1, 1906, pp. 87-95.

de la catedral Cristóbal de Palomares y de su deán Pedro de Carvajal que, oponiéndose incluso al parecer del arzobispo García de Loaysa, procuraron parar el asunto para no ofender a los verdaderos patronos e impedir, que tras la demostración de la falsedad de la atribución, se viera afectada la estimación del resto de los santos locales⁴⁰. Se inició entonces una fuerte polémica que enfrentó a la mayor parte de los historiadores locales y acabó con editores encarcelados y sonados enfrentamientos. Al final, caló la sensación de la falsedad de los hallazgos y, para evitar males mayores, se forzó el traslado de Román de la Higuera al colegio de Plasencia, en el que siguió creando sus preciosas pero fabulosas historias⁴¹.

A pesar de la victoria alcanzada, la historia del mártir toledano San Tirso siguió viva en la ciudad hasta momentos más recientes de los que podemos imaginar⁴². De hecho, nunca se renunció del todo a esa

⁴⁰ La advertencia se recoge en una nota que se añadió a la primera página de la obra de Cárcamo, A., *Op. cit.*, 1595, conservada en la Biblioteca Capitular toledana. En ella se dice «*Lo que en este cuaderno se dice de que San Tirso fue natural de Toledo, y que hubo en esta biblioteca desta Sta. Iglesia de Toledo carta del Rey Silo, todo es falso e invención de un cierto religioso que tentado del demonio inventó la carta de Silo y engañó al sobre dicho Alonso de Cárcamo como a hombre seglar y sin letras, y esta maraña y más falsedad que el dicho religioso hizo, escribiendo la carta que fingió del Rey Silo, en el libro de mano de cosas de historias de España que está en esta Biblioteca, la descubrió el bibliotecario desta Sta. Iglesia, y le convenció de su falsedad, y el Sr. Deán D. Pº de Carvajal Girón y los Sres. del cabildo se opusieron, a que no pasase adelante este enredo y fábula, por las injurias que se hacían a los verdaderos patronos naturales de esta ciudad, porque en los tiempos venideros como se viese ser mentira que San Tyrso era natural de Toledo, no se pensase que con la misma liviandad se tenían por naturales y patronos los que verdaderamente lo son. Y este libro se permite estar entre los de esta biblioteca, porque por esta advertencia si algún tiempo en este se hablare se sepa la verdad. (firmado) El Mº Cristóbal Palomares Bibliotecario.*»

⁴¹ Martínez de la Escalera, J., *Op. cit.*, Madrid 1991, p. 86.

⁴² Un ejemplo evidente del mantenimiento de viejas y descartadas atribuciones en nuestros días lo encontramos en obras como: Moreno, L.; Alguacil, F.J. y Alguacil, P., *Toledo invisible*, Toledo 2002, p. 142. El estudio de los hallazgos y su tratamiento desde que estallara la polémica en 1595 hasta nuestros días se puede conocer en Carrobles, J. y Morín, J., «Falsos de Toledo: piezas inventadas para la construcción de un ideal cívico», en *Congreso Internacional De Falsa et Vera historia. Realidad y ficción en la investigación arqueológica, histórica y filológica*, en prensa.

sugerente historia, tal y como lo demuestra el tratamiento dado al asunto por autores del siglo XVII, caso de Pedro de Rojas⁴³ y Antonio Quintanadueñas⁴⁴, o del que recibió por otros más cercanos y rigurosos del XIX, como eran Sixto Ramón Parro⁴⁵ o Antonio Martín Gamero⁴⁶.

En el territorio de Toledo también documentamos actuaciones relacionadas con la práctica de esta arqueología sacra. Destacan las emprendidas para buscar los restos de Santa Quiteria que la tradición ubicaba en la iglesia de San Pedro de la Mata en Casalgordo. Román de la Higuera fue, nuevamente, de los primeros en interesarse por ellos⁴⁷. Con este fin, recogió diferentes datos que le permitieron vincular el templo con Wamba y reconocer en una sepultura privilegiada, similar a la que hoy se conserva en Melque, el enterramiento de la santa⁴⁸. Este

⁴³ Rojas, P. de, *Historia de la Imperial, nobilissima, inclita y esclarecida ciudad de Toledo*, Madrid 1654, Tomo I, pp. 446-460; Tomo II, pp. 613.

⁴⁴ Quintanadueñas, A. de, *Op. cit.*, 1651, pp. 193-207.

⁴⁵ Parro, S.R., *Toledo en la Mano*, Toledo 1857, Tomo II, pp. 270-275.

⁴⁶ Martín Gamero, A., *Op. cit.*, Toledo 1862, pp. 678-679.

⁴⁷ Román de la Higuera, J., *Historia eclesiástica de la imperial Ciudad de Toledo y su tierra*, 1601, B.N. MSS. 1286, Libro 5, cap. XIX, fol. 64v., «Como esta relación tuvo que conuerda de todo punto con la historia de la Santa Virgen, hice más diligencia en mirar si la santa era de España (...) con este fundamento me pareció bien lo dicho y para mayor averiguación, pedí se hiciera información jurídica en Casalgordo y en Marjaliza de lo que de esto se sabía...»

⁴⁸ Román de la Higuera, J., *Op. cit.*, 1601, B.N. MSS. 1286, Libro 5, cap. XIX, fol. 64v., «...está todo el suelo de esta ermita fundado sobre una gran piedra dentro de la cual solamente se ve a una lado una sepultura cavada en la piedra y así los de Marjaliza como los de Casalgordo tienen por sin duda ser el sepulcro de Santa Quiteria Virgen y mártir, y creen piadosamente que están allí sus sagradas reliquias»; Rojas, P. de, *Op. cit.*, Madrid 1654, Tomo I, p. 412, «El P. Higuera, gran investigador de antigüedades, deseoso de averiguar si el cuerpo de esta Santa Virgen, y Mártir estaba en la Ermita de San Pedro de la Mata, hizo hacer información jurídica en los lugares de Casalgordo, y Marjaliza, con abundantes, y fidedignos testigos, que afirmaron saber, que la Ermita de S. Pedro, que está media legua de estos lugares, era tan antigua, como lo declara una piedra, que estaba encima de la puerta de la Ermita, que el Rey Wamba de los Godos la había reedificado, y en ella había sola una sepultura cavada en tierra, que juzgan ser de tiempo muy atrás, y que habiendo oído a sus antepasados estaba allí el cuerpo de S. Quiteria Virgen, y Mártir...»

renovado interés movió al Licenciado Tavira a iniciar una de las primeras excavaciones frustradas de las que tenemos noticia. Durante la celebración de una romería y para certificar la santidad del templo, no tuvo mejor ocurrencia que empezar a cavar en el sepulcro provocando el alboroto de los lugareños que interpretaron la maniobra como un intento de robo. Para poner fin a las protestas, nuestro clérigo se vio forzado a reponer la tierra que había retirado, no sin antes comprobar que del lugar emanaba una fragancia celestial⁴⁹.

En nuestra ciudad y su tierra, estas búsquedas tuvieron cierta intensidad por contar con el privilegio de la primacía hispana y haber sido elegida por sus arzobispos para convertirla en ejemplo de república cristiana reformada, de acuerdo con el diseño realizado en Trento. Es el momento en el que Toledo aparece citada como antigua ciudad de los concilios y como *civitas Dei*, comparable cuando no superior a las ciudades de Jerusalén o Roma, sagradas por antonomasia⁵⁰. Todo este auge de lo sagrado, requirió la formulación de explicaciones para justificar la falta de las reliquias de sus principales santos y patronos, que dificultaban la proyección de la propia población⁵¹. Fue entonces cuando

⁴⁹ Rojas, P. de, *Op. cit.*, Madrid 1654, Tomo I, pp. 412-413, «*También testificaron, que había entonces veinte y cinco años (que al presente serán más de ochenta) que siendo Cura de Casalgordo un Clérigo llamado el Lic. Tavira, yendo con una procesión de las Letanías de S. Marcos, desde su lugar a la Ermita ya nombrada, donde aquel día se juntaban muchos lugares, y procesiones, quiso certificarse si estaba el cuerpo de S. Quiteria en aquella Ermita, y para este efecto empezó a cavar en el sepulcro: y viéndolo algunos, fue tal el alboroto de todos los presentes, diciendo quería hurtar el santo cuerpo, y que no lo habían de consentir, que le requerían no pasase adelante, hasta que tuviese licencia del Sumo Pontífice. El Cura atemorizado volvió a echar en el sepulcro la tierra que había sacado, que sería como una espuerta. Y afirma el P. Higuera en su Historia, que le testificó una persona fidedigna, que se había hallado presente en aquella sazón, que cuando cavaron en el sepulcro salió de la tierra un olor tan fragante y suave, que admiró a los circunstantes, y aseguraba, que aquel olor era celestial...»*

⁵⁰ Martínez Gil, F., *Op. cit.*, Toledo 2008, pp. 354-361.

⁵¹ Villegas, A. de, «A los lectores, el Maestro Alonso de Villegas», Prólogo al libro de Marieta, J., *Historia Ecclesiastica, y flores de Santos de España*, Cuenca 1594, sin paginar, «... más había otro daño, que era estar encubiertos, y debajo de nube, los hechos maravillosos que los santos patronos de esta Provincia y Reino hicieron, y esto por la malicia de los infieles, que habiendo estado apoderados de los más de esta región muchos centenares de años, uno de los cuidados que tenían algunos que fueron

tomó auge el discurso de la pérdida de sus restos en la invasión musulmana y se dio inicio a un proceso de recuperación, que culminó con la traída de los restos de San Eugenio en 1567 y de Santa Leocadia en 1587⁵². No ocurrió así con los de San Ildefonso por la negativa zamorana que ocasionó cierta frustración en la ciudad. Para paliar esta importante carencia material y sentimental, se recurrió a la búsqueda de restos materiales directamente ligados a la vida del santo patrono, con los que mostrar su pasada vinculación con Toledo y una renovada capacidad para mantenerse presente en la población. Ésta se centró en la localización de los restos del monasterio Agaliense en el que el santo había profesado y del que fue abad.

Por lo que conocemos en las fuentes de la época, la ciudad se volcó en esta labor y siguiendo nuevamente las palabras de Salazar de Mendoza, «*Todos han querido tener voto, como interesados en el hallazgo de tan inestimable tesoro. A penas han topado, y descubierto dos piedras juntas, a la parte del Cierzo, que no les parece ser lo que buscan con amor entrañable*»⁵³. Esta situación dio lugar a todo tipo de propuestas en las que la arqueología jugó un importante papel⁵⁴. Destaca la que identificaba los restos del cenobio en el pago de Benalabia, en el camino de Bargas, defendida por autores como Alcocer o Garibay⁵⁵. En él,

caudillos, y Reyes en ella, fue que así lo escrito de los santos, como sus sagrados cuerpos, y reliquias, destruirlo todo, y abrasarlo: que por obviar este daño, los Católicos de aquellos tiempos, procuraron librar de semejante persecución los cuerpos de los santos: llevándoselos a partes distantes y remotas. Y en particular quien más pudo sentir este daño, fue la Imperial ciudad de Toledo mi patria, que con haberse visto tan rica, gozando de muchas reliquias, así de sus patronos, como de otros extranjeros, se vido después pobrísima: si el celo santo del Católico Rey Don Philippe segundo de este nombre, no remediara semejante daño, con traerse en su tiempo, por su precisa diligencia, los cuerpos de San Eugenio mártir, primer Arzobispo de esta ciudad, y de Santa Leocadia, Virgen, y también mártir, de claro linaje y natural de ella.»

⁵² Una descripción de la entrada de las reliquias en Toledo la tenemos en Marieta, J., *Op. cit.*, Cuenca 1594, fol. 16v., 17a., 17v., 88a. y 88v.

⁵³ Salazar de Mendoza, P., *El glorioso doctor San Ildefonso, arzobispo de Toledo, Primado de las Españas*, Toledo 1618, fol. 25.

⁵⁴ El mejor resumen de las propuestas de identificación realizadas lo tenemos en la obra que acabamos de citar: Salazar de Mendoza, P., *Op. cit.*, Toledo 1618, fol. 18-33.

⁵⁵ Pisa, F. de, *Op. cit.*, Toledo 1605, fol. 102a.

Simón Martínez, capellán del Hospital del Nuncio, realizó lo que entonces se denominaban averiguaciones, que culminaron con una petición de licencia para fundar una ermita destinada a recoger la memoria de aquel lugar santo, que nunca llegó a construirse⁵⁶. Pocos años después, Francisco de Pisa volvió a ocuparse de este yacimiento para negar su identificación con el Agaliense y relacionarlo con los restos de la ermita de Santa Columba, a pesar de conocer hallazgos como el realizado en 1583 en unas excavaciones promovidas por vecinos de Bargas⁵⁷. En ellas se encontró una figura de mármol que, dado que se buscaba a San Ildefonso, se consideró su imagen y que, tras una visita al lugar del cardenal Quiroga, acabó en la Biblioteca catedralicia.

⁵⁶ Simeón o Simón Martínez, de ambas maneras es citado, impulsó la realización de una investigación sobre el lugar de Menalabia - Benalabia, para la que reunió a diferentes testigos en el año 1586 que fueron preguntados sobre los datos que conocían del lugar, los hallazgos arqueológicos allí realizados y su identificación con los restos del monasterio Agaliense. La relación de todo el proceso la conocemos gracias a la transcripción del mismo que incluyó J. Román de la Higuera en su *Historia eclesiástica de la imperial Ciudad de Toledo, y su tierra*, B.N. MSS. 1287, Libro 12, Cap. XI, fol. 148a.-153v. Al final y tras presentar los resultados obtenidos al cardenal Quiroga, éste dio permiso para construir una ermita y buscar los restos del monasterio: «Nos el Cardenal don Gaspar de Quiroga Arzobispo de Toledo, por quanto somos informados, que en el sitio de Benal havia extramuros de la ciudad de Toledo fue edificado el monasterio Agaliense do estaba el bien aventurado S. Ildefonso, y que en conmemoración suya, y por su devoción deseamos que se haga y edifique una ermita en el lugar, y sitio do fue el monasterio, por la presente confiando de la diligencia que vos Simón Martínez clérigo presbítero de la dicha ciudad de Toledo que habéis hecho diligencia en averiguar si el dicho monasterio Agaliense fue en el dicho sitio, y en qué parte del, os cometemos y damos licencia para que veáis el dicho sitio, y en la parte que tenéis entendido queda edificado el dicho monasterio podáis cavar, labrar y edificar la dicha ermita, y la labréis y edificuéis avisándonos de lo que fuéredes haciendo y labrando y mandamos so pena de excomunión que ningún juez ni persona os ponga impedimento, ni se entremeta en ello, sino que libremente os dejen hacer y edificar la dicha ermita dada en Madrid, a dos días del mes de enero de 1581.» Según Román de la Higuera, «recibida esta provisión parecíale sería bien cavar por ver si se hallaban cimientos, y rastros del monasterio, para lo cual dio doscientos ducados, y mil para la fábrica de la ermita. Con otros negocios más urgentes se quedó éste hasta hoy.» *Op. cit.*, 1601, fol. 153v.

⁵⁷ Pisa, F. de, *Op. cit.*, Toledo 1605, fol. 102a. «Verdad es que a la opinión de Alcócer favorece, que en el año de mil y quinientos ochenta y tres, los vecinos del lugar de Bargas hallaron en este propio sitio, debajo de tierra, una figura de bulto de mármol

El estudio de estos ideales basados en los argumentos que ofrecía el pasado, culminan con el del último de los criterios más utilizados en la elaboración de la imagen urbana renacentista. Me refiero a la justificación de la preeminencia en función de la **antigüedad** de la población⁵⁸. El origen de esta valoración hay que buscarlo en el ideario humanista que convirtió a la Antigüedad clásica en referencia. Su verdadera importancia en la construcción de las historias locales, radicó en la capacidad para aportar datos con los que justificar algunos privilegios, partiendo de las decisiones tomadas en el seno del Imperio romano al que aún se consideraba fuente de legitimidad. Gracias al nuevo papel dado al pasado clásico, los historiadores y responsables de las repúblicas ciudadanas centraron sus esfuerzos en la búsqueda de un origen remoto y glorioso, en el que cada población esperaba demostrar que había disfrutado de un importante protagonismo en época romana. El ideal, pasó a ser una población con huellas evidentes de su pasado antiguo y que además, hubiera sido considerada como una prolongación de Roma en la Antigüedad, gracias a la concesión del estatuto de colonia, al que ya hemos hecho referencia. Un hecho especialmente valorado, sobre todo, si además lo había sido por voluntad de Julio César, convertido en modelo y referencia de político ejemplar.

En Toledo, la reivindicación de su pasado romano tuvo gran importancia política, tal y como lo demuestra el hecho de que en la apertura de las sesiones de las Cortes de Toledo de 1480 y dentro de las constantes discusiones con Burgos por la primacía en el uso de la palabra, nuestros representantes argumentaran la presencia de restos e inscripciones romanas en la población, para demostrar la preeminencia de su ciudad frente a la capital castellana⁵⁹.

antigua, que representaba ser de algún santo, y interpretaban se de San Ildefonso: la cual figura e imagen fue a ver el señor Cardenal don Gaspar de Quiroga, con otras personas graves, y se mandó guardar en la librería de esta Santa Iglesia.»

⁵⁸ Lleó Cañal, V., «Antigüedad clásica y ciudad: de la arqueología al mundo de la fiesta renacentista», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, Historia del Arte*, 6, 1993, pp. 175-192; Navarro, A.M. *Op. cit.*, 2008, sin paginar; Wulf, F., *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona 2003.

⁵⁹ Benito Ruano, E., *La prelación ciudadana. Las disputas por la precedencia entre las ciudades de la corona de Castilla*, Toledo 1972, p. 29.

La primera actuación arqueológica que conocemos destinada a indagar el origen de la población, es la que promovió el cardenal Juan Martínez Siliceo en 1546 en las Cuevas de Hércules. Un lugar mítico protagonista de todo tipo de historias y creencias populares. Con este fin se organizó una pequeña expedición que limpió y acondicionó la entrada de la galería que, según la leyenda entonces elaborada, les permitió acceder a espacios en los que se conservaban estatuas de bronce colocadas sobre altares, separados por importantes corrientes de agua⁶⁰. Los relatos que conocemos muestran una voluntad de exagerar el misterio que envolvía a los restos arqueológicos y coinciden en identificar unos restos monumentales pertenecientes al complejo termal descubierto recientemente⁶¹.

Esta misma finalidad de conocer el pasado antiguo de Toledo, es la que movió al canónigo Tomás de Borja, luego obispo de Málaga y arzobispo de Zaragoza, a realizar unas excavaciones en torno a 1580 junto a la ermita de San Pedro el Verde, que le permitieron descubrir mármoles y estructuras pertenecientes a un edificio romano⁶².

⁶⁰ Una de las mejores descripciones de esta actuación la encontramos en Salazar de Mendoza, P., *Op. cit.*, Toledo 1625, fol. 4, «El año mil y quinientos y cuarenta y seis, la quiso reconocer el cardenal don Joan Martínez Siliceo, y para este efecto la mandó limpiar y prevenir. Entraron por ella algunos hombres con laternas y cuerdas, que iban dejando para la vuelta, y con provisión de comida, y bebida. Hallaronla muy fresca y húmeda, por ser verano; y habiendo entrado por la mañana, salieron al anochecer. Declararon con juramento, que habiendo caminado como media legua entre Levante y Septentrión, aunque a ellos les pareció que cuatro leguas, por el trabajo con que iban, toparon unas estatuas, a su parecer de bronce, sobre una ara, y que calló una de ellas con ruido que los espantó. Pasando adelante toparon con un golpe de agua que no pudieron atravesar, por no tener recado para ello, y causoles mucho miedo por la fuerza con que corría. Desde allí se volvieron, penetrados de el frío, y de la humedad, y enfermaron y murieron casi todos...».

⁶¹ Arribas, R. y Jurado, F., «La intervención en las termas Romanas de la Plaza de Amador de los Ríos N° 5», en *Arqueología Romana en Toletum: 1985-2004*, Los monográficos del Consorcio I, Toledo 2005, pp. 17-53.

⁶² Pisa, F. de, *Apuntamientos para la II parte de la Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo*, edición de Gómez-Menor, J.C., Toledo 1976, p. 122, «Ayudan a esta parte las conjeturas y indicios porque en nuestros próximos años, habiendo cavado en el circuito de la ermita de San Pedro el Verde don Tomás de Borja, que después fue arzobispo de Zaragoza, se hallaron ruinas y cimientos fijos de vara y media en ancho, piedras sillares, mármoles blancos, y debajo de tierra conductos por donde

Sin embargo y como es fácilmente comprensible, la atención de nuestros investigadores se centró en el estudio de los grandes complejos monumentales de la Vega, al ser la mejor muestra del pasado esplendoroso que disfrutó la ciudad⁶³. Su importancia en el propio paisaje determinó que fueran objeto del interés de la totalidad de los intelectuales que se ocuparon de la ciudad. Pedro Alcocer fue el primero en plantear que los restos más destacados pertenecieron a un circo «...*que eran edificios que los Romanos hacían en lugares singulares...*»⁶⁴. Su propuesta se completó con la labor de Salazar de Mendoza⁶⁵ y Francisco de Pisa⁶⁶, que definieron y describieron, por primera vez, la totalidad de los grandes inmuebles conservados al norte de la ciudad y aclararon su funcionalidad antigua, al menos en lo referente al circo y al anfiteatro de las Covachuelas. Más problemas tuvo la identificación de los restos ubicados junto a la fachada septentrional del circo que fueron atribuidos a un antiguo templo, del que los primeros historiadores señalaron su posible vinculación con Marte, Venus o Esculapio, por su situación fuera de la ciudad⁶⁷.

viene el agua a este sitio, y otras muchas cosas, por donde los buenos maestros de obras han dicho ser edificios de en tiempo de los Romanos...»; Parro, S. R., Op. cit., 1857, Tomo II, pp. 263-264, «Aducen por último a favor de su presunción de que estuvo nuestro templo en cuestión (San Pedro y San Pablo Pretoriense) donde más tarde fue San Pedro el Verde, los indicios de que hubo allí edificio de considerable extensión, solidez y magnificencia cual convenía a tan renombrada basílica, según revelaron a fines del siglo XVI los mármoles, los cimientos de vara y media de espesor y otros fragmentos que se encontraron en las excavaciones practicadas entonces en este sitio por orden y a costa de D. Tomás de Borja, Canónigo de Toledo y después Arzobispo de Zaragoza...».

⁶³ Castejón D. de, *Op. cit.*, Madrid 1645, p. 336. «*las ruinas de Toledo, cuando no tuviéramos más testimonios los dan evidentes de sus grandezas, en el tiempo que los Romanos la poseyeron. Hanlas escrito muchos, y yo he visto las que hoy conserva la Vega, que por su grandeza, fortaleza, e ilustres disposición, se infiere lo dilatado de esta Ciudad, lo que los Romanos la estimaron, y engrandecieron.*»

⁶⁴ Alcocer, P. de, *Op. cit.*, Toledo 1554, fol. XVIIIv.

⁶⁵ Salazar de Mendoza, P., *Op. cit.*, Toledo 1625, fol. 1-2.

⁶⁶ Pisa, F. de, *Op. cit.*, Toledo 1605, fol. 17v.

⁶⁷ Pisa, F. de, *Op. cit.*, Toledo 1605, fol. 17v., «*Había junto con él (circo) otro gran edificio hacia la parte del Norte, que se reconoce claro haber sido templo muy grande, que debió ser de Marte, o Venus, o Esculapio, porque estos tales fabricaban fuera de los muros.*»

Todos despertaron un evidente interés pero destaca el que alcanzó el considerado templo, hoy perdido y olvidado, que en pocos años adquirió un inusitado protagonismo por su capacidad para aportar argumentos en la defensa de la primacía eclesiástica. Sus grandes dimensiones, las propias de un teatro antiguo, mayores incluso que las de la catedral, favorecieron una lectura interesada de sus restos al relacionarlos con una primera primacía gentil. Fruto de todo ello son las descripciones imaginativas que dieron a conocer autores como Pedro de Rojas⁶⁸ o Cristóbal Lozano⁶⁹, en un ejemplo de arqueología creativa tan propia de nuestro barroco.

Para demostrar una interpretación tan agradable a los oídos de los toledanos, no se dudó en construir las pruebas que certificaran este primer privilegio religioso, precursor y legitimador del cristiano. A ello obedece el supuesto hallazgo de algunas inscripciones con dedicatorias a Hércules en la ciudad⁷⁰ y en otras zonas de la Meseta Sur, en especial una que describe por primera vez Román de la Higuera, su inventor, que habría sido hallada en el antiguo municipio de Trejuncos, en la actual provincia

⁶⁸ Rojas, P. de, *Op. cit.*, Madrid 1654, pp. 170-171, «*Que los Romanos no contentos con tener en Toledo un circo tan grande, y suntuoso, pareciéndoles, que le faltaba la perfección, y adorno que otros tenían, labraban junto a él un Templo bien hermoso, y perfecto: cuya longitud era de trescientos pies, y de doscientos y once su latitud, mayor que el Sagrado Templo de Toledo, que hoy tenemos (...) Adornose este suntuoso templo cuanto en aquellos tiempos la imaginación pudo inventar: y es de creer, que como el Templo de Cádiz, dedicado al mismo Hércules, estaban esculpidos los doce trabajos de este valentísimo Rey, que tenían y veneraban por Dios, los pusieron en el de Toledo, entallados de bulto, y relieve, pues era el adorno con que más le podían adular, y agasajar.*»

⁶⁹ Lozano, Ch., *Los Reyes Nuevos de Toledo*, Madrid 1729, p. 18, «*Dedicaron este templo a Hércules a quien tenían y reverenciaban por su Dios, y por su Rey. Estaba, dicen, al modo que el de Cádiz, hermoseado, y adornado de famosas, y primorosas esculturas. Entalladas de bulto redondo estaban por su orden los hechos, y las hazañas de aquel valiente héroe, al tanto sus trabajos y aventuras.*»

⁷⁰ Castejón, D. de, *Op. cit.*, Madrid 1645, pp. 337-338, «*Dando principio a un edificio en esta ilustre Ciudad, se descubrió un mármol testigo fiel que no padece excepción, en prueba de lo excelente que ilustra los ingenios de Toledo. Dice traducida así: Toledo, Ciudad antigua dedicada a Hércules Padre, y a los Dioses Endovellico, y Plutarco, y a los Dioses de su guarda que están atados, osos, Toros y Avestruces cada año. Que Hércules fue Patrón de Toledo lo dice esta inscripción, y los templos que a él se consagraron en esta Ciudad.*»

de Cuenca y en plena línea de delimitación de la antigua Carpetania. En ella se reconocía la relación de dependencia religiosa de la población con Toledo a través del templo dedicado a Hércules, al que acudían sus habitantes por ser su «*jurisdicción*»⁷¹.

HERCULI. P. ENDO
VELLIC. TOLET. OSCA
DEIS TVTELLA COM
PEDIT, TAVROS, VR
SOS, AVES LIBIE QUO
DAN. D.D.

⁷¹ Rojas, P. de, *Op. cit.*, Madrid 1654, pp. 171-172, «*Llevaron la mira en hacer este templo tan espacioso, que no sólo cupieran en él los ciudadanos, y pueblo de Toledo, sino que pudiesen caber los que de la comarca viniesen, y juntarse un gran concurso, pues vendrían como a la Corte, y Cabeza de toda la Carpetania, por la devoción que tenían a este Dios. Demuéstralo así una Inscripción, que se halló en Trejuncos, lugar de los confines de la Carpentania, en casa de un labrador, y estaba en una gran piedra puesta a la puerta de su casa; y la vio, leyó, y trasladó el P. Gerónimo Román de la Higuera, de la Compañía de Jesús, con la curiosidad que siempre tuvo de investigar, y averiguar cosas curiosas, y antiguas. Dice en esta forma*

HERCVLI PATRI TOLETA
DEO MANTICLO PRAESSENTISS
ET ALEXICACOCVS
IN SUMMO VRBIS CLIVO OB CIVES SERVATOS.
COLONI, ET INCOLAE VNVM TEMPLVM,
ALTERVM
IN CIRCO SUSCEPIT VOTO
D.D. MUNICIPES TRIVNCHENSES DEO METROPOLI
TVTELLARI SANCTO
AC BONO LVDOS CIRCENSES, QVO DIE,
QVOT ANNIS TOLETA.
CELEBRANT ARAM, ET SPVLVM
EX VOT.

Los del Municipio de Trejuncos dedican al Dios Hércules, Dios Bueno, y de su Metrópoli, Padre de los Toledanos, y su defensa muy favorable, y libertador de aquella Ciudad, dedicaron un Templo en lo más alto de la Ciudad, y otro en el Circo, por haber guardado, y defendido los Ciudadanos, hicieron el voto, así los de la Colonia, como los Ciudadanos, y advenedizos: Y los de esta Jurisdicción, que son los dichos moradores de Trejuncos, votaron en honra del Dios Tutelar unos Juegos Circenses en el mismo día que los celebran los de Toledo, una Ara, y Comedia, por voto que de ello hicieron.

¡Qué admirable Inscripción, y que a propósito! Pruébanse muchas cosas en ella...»

Para justificar esta preeminencia religiosa también se utilizaron otros argumentos como fueron los expuestos por Diego de Castejón, que afirmó la existencia en Toledo de un Flamen Dialis, ni más ni menos que el ya citado hijo de Pompeyo, a partir de la lectura de nuevas inscripciones de más que dudoso origen⁷².

La pasión por el pasado antiguo y la necesidad de mostrar la proximidad, cuando no superioridad de Toledo frente a Roma, culminó con propuestas tan sugerentes como es la que nos cuenta Pedro de Rojas⁷³.

⁷² Castejón, D. de, *Op. cit.*, Madrid 1645, pp. 293-294. «*Uno he hallado en Toledo en una piedra que estaba en las ruinas de la antiquísima población, que en el reino de Toledo se llamó Laminió, cerca de los ojos del Guadiana, el Letrero dice: Que Lucio Terencio, hijo de Neyo Pompeyo, padre de la Patria, Basino, Toledano Questor, primer flamen perpetuo, y de toda España, que allí reparó las termas, y el camino y a su memoria se levantó esta piedra.*

*L. TARENTIVS G.N.
POMP. F. P.P. BASSI
NO. TOLETANO QVAE
STORI. Q.Q. REDIDI
LI PRIMO FLAMINI
PERPETUO TOLETI.
ET TOTUS HISPA
NIAE; QVOD HIC TER
MAS. ET VIAM*

(...) *Esta verdad me ofrece Ciriaco Anconitano entre las inscripciones que diligentemente juntó, una que prueba, que esta calidad de primer Flamen, que había de tener la ciudad para ser elegida Patriarcal, en Toledo, y no en otra de estos reinos se halla. Dice la inscripción: A el Genio Santo en la Ciudad de Polla de Marco Antonio, Claudio Pompeyano, Flamen Dial de Toledo, de los Dioses Augusteos, Soldado de la Legión octava Antoniana Augusta, designado por Consul, Sufecto a trece de Enero, siendo consules el Emperador y Señor nuestro Antonino, la cuarta vez y la segunda Balbino...»*

⁷³ «*Es opinión probable, que trae la Historia del Orbe; y cita a Fabio Pictor, y a Sempronio, que el Rey Italo de España, cuando pasó a Italia, y dio nombre a este Reino, llevó consigo una hija llamada Roma, que la hubo de una Señora Española, llamada Leucaria, a la cual dio el reino de Lacio, uno de los dos en que dividió a Italia, que cae donde fue el río Albula, que hoy se llama Tíber: Y esta Reina, y los Españoles que con ella pasaron de España a Italia, fundaron orillas deste caudaloso río una Ciudad llamada Roma, del nombre de su Reina. De lo cual, siguiendo esta opinión, se saca una curiosidad grande y antigua, y es que Roma, Cabeza de la Iglesia, fue fundada en el sitio referido, a imitación de la Imperial Ciudad de Toledo, por Reina y vasallos Españoles.*», Rojas, P., *Op. cit.*, Madrid 1654, Tomo I, p. 77.

En ella, Toledo aparecía como ciudad más antigua que la capital itálica y, además, como modelo para su primera fundación por parte del Rey Italo de España y de su hija la princesa Roma. Unos precursores que verían reforzada su labor por Rómulo y Remo que, en realidad, debían ser relegados al papel de segundos fundadores de la ciudad eterna.

Los protagonistas: Historiografía y obra.-

Una vez descritas las principales actuaciones y los motivos para llevarlas a cabo, nos queda el trabajo de ordenarlas y conocer el alcance real que tuvieron. Para realizarlo, es necesario tener en cuenta la existencia de una evolución de los intereses en el siglo que estudiamos. También, que no todas las intervenciones tuvieron la misma ambición, fines, ni proyección. Ésta dependía de la calidad del trabajo realizado y de la capacidad de las personas que intervinieron en ellas para difundir sus resultados a la sociedad, en especial a los círculos culturales de su tiempo. De esta manera, el valor dado a la obra de los intelectuales toledanos en cada momento es un buen indicador del prestigio que alcanzó la ciudad y su investigación arqueológica en los siglos XVI y XVII.

A ello se debe que sigamos nuestro discurso con el estudio de las biografías y principales obras realizadas. Con ellas y siguiendo un sencillo criterio cronológico, nos proponemos aclarar los temas que aún tenemos pendientes.

Los protagonistas fueron muchos y variados. Por motivos evidentes, hemos realizado una selección de los más representativos. Su estudio lo vamos a realizar en función de la definición de unos grupos que responden a las distintas corrientes historiográficas que se sucedieron en el periodo que analizamos. El primero de todos ellos es el de los humanistas que se mostró especialmente activo en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XVI. Sus orígenes hay que buscarlos en los focos culturales del Renacimiento italiano y en los personajes locales que actuaron de precursores, caso de Pero López de Ayala, del Marqués de Villena o del gran cardenal Mendoza, que crearon el caldo de cultivo necesario para que el humanismo toledano tomase fuerza en pocos años. Su final vino impuesto por la aparición de un escenario político, económico, social y cultural muy diferente del existente a mediados del siglo XVI, que coincidió con el inicio de la crisis que sufrió la ciudad. También, por la puesta en práctica de las disposiciones surgidas en el Concilio de Trento

que acabaron con la visión admirativa del pasado, que dejó de ser clásico para empezar a ser pagano.

La importancia de la labor que realizaron estos humanistas no ha sido valorada como se merece, por ocuparse en muchos casos de temas generales o ajenos a la ciudad⁷⁴. Su estudio hay que realizarlo, por lo tanto, desde visiones más amplias de las que impone la población de Toledo. Con ellas podemos darnos cuenta de que estamos ante algunos de los protagonistas de la recuperación del pasado clásico en la cultura occidental. Destacan:

Juan de Vergara (1492-1557), canónigo de Toledo y secretario del cardenal Cisneros con el que colaboró en la edición de la Biblia Políglota Complutense. Tradicionalmente, se ha destacado su labor como helenista y traductor de las obras de Aristóteles, olvidando otras facetas como su dedicación a la historia y la arqueología⁷⁵.

En el campo de la primera destaca su *Tratado de las ocho cuestiones del templo*, en el que mostró un profundo conocimiento de la Antigüedad que le permitió ser de los primeros en declarar la falsedad del *Beroso* de Anniano de Viterbo, que encandilaba a la mayor parte de

⁷⁴ Un buen estudio sobre la importancia de la vida cultural toledana en el siglo XVI lo tenemos en Gómez-Menor, J.C., «Ambiente cultural renacentista en Toledo», en *V Simposio Toledo Renacentista*, Madrid 1980, Tomo III, pp. 97-110. En cuanto a los historiadores toledanos, destaca: Martínez Gil, F., «Historia y cohesión urbana. La escuela historiográfica toledana del siglo de oro», en Villena, R., (coord.), *Ensayos humanísticos. Homenaje al profesor Luis Lorente Toledo*, Cuenca 1997, pp. 303-318. Otros ambientes culturales como el de los literatos ha sido estudiado en: Madroñal, A., *Baltasar Elisio de Medinilla y la poesía toledana de principios del siglo XVII*, Madrid 1999.

⁷⁵ Bécares, V., «Juan de Vergara, traductor de Aristóteles», en *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. 3, Madrid 1994, pp. 365-372; Bécares, V., «Cartas de Alvar Gómez a Juan de Vergara», en *Helmantica: Revista de filología clásica y helena*, t. 46, números 139-141, 1995, pp. 539-546; Domínguez, J.M., «La influencia de la poesía macarrónica en la poesía latina humanista en España: la Callioperria de Juan de Vergara», en *Myrtia: Revista de filología clásica*, n.º 17, 2002, pp. 297-312; Rubio, M.J., *La Historia en piedra. Inscripciones y lápidas de la comarca complutense (S. I – XIX)*, Tesis doctoral inédita, Alcalá de Henares 1999, pp. 494-499; Serrano, M., «Juan de Vergara y la inquisición de Toledo», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, n.º 5, 1901, pp. 896-912, n.º 6, 1902, pp. 466-467.

los historiadores europeos⁷⁶. Su importancia en el origen de la arqueología toledana es difícil de precisar por la falta de datos, aunque no cabe duda de que fue un pionero de esta disciplina. Su principal interés parece haber sido la epigrafía antigua, aunque no conservemos ninguna obra que recoja su labor⁷⁷. Para conocer el alcance de su actividad contamos con las evidencias proporcionadas por el perfecto manejo de las fórmulas de la epigrafía funeraria romana en sus composiciones líricas latinas y la noticia de la existencia de unas *schedae Vergarae*, en las que aparecían citadas numerosas inscripciones latinas.

Sin embargo, la noticia más directa y destacada de su dedicación al estudio de la cultura material del pasado, tiene que ver con la numismática. Procede de las cartas que Juan de Vergara cruzó con Felipe de Guevara. En ellas se hablaba del valor del as romano y de la correcta interpretación del término *argentum oscense*, demostrando con ello un inusual conocimiento de la moneda antigua⁷⁸.

Diego de Covarrubias (1512-1577), fue uno de los juristas, políticos y eclesiásticos más importantes de su tiempo. Se formó en la Universidad de Salamanca de la que fue profesor hasta su nombramiento como oidor de la Real Chancillería de Granada en el año 1560. En ese mismo año fue nombrado obispo de Ciudad Rodrigo y poco después de Segovia. A pesar de disfrutar de tanto cargo y de haber representado los intereses de Felipe II en el Concilio de Trento, nunca dejó de tener relación con el foco cultural toledano⁷⁹.

⁷⁶ López de Ayala, J., *Toledo en el siglo XVI después del vencimiento de las Comunidades*, Madrid 1901, p. 81.

⁷⁷ Gimeno, H., «Vergara», en *Corpus Inscriptionum Latinarum II*, edición digital, Anticuarios y epigrafistas. Siglos XVI-XVIII, http://www2.uah.es/imagenes_cilii/Anticuarios/Textos/Vergara.htm.

⁷⁸ Mora, G., «Origen de los estudios numismáticos en España: el manuscrito perdido de Felipe de Guevara y otros tratados del siglo XVI», en Alfaro, C.; Marcos, C. y Otero, O., (coords.), *XIII Congreso Internacional de Numismática*, Madrid 2003, vol. I, pp. 77-84. «Carta de Felipe de Guevara al DR. Vergara, canónigo de Toledo, 3 de marzo de 1556, sobre el valor del as romano de época republicana y del *argentum oscense*», en Abascal, J.M. y Cebrián, R., *Manuscritos sobre antigüedades de la Real Academia de la Historia*, Madrid 2006, doc. 9-6002-5^a, p. 277.

⁷⁹ Fraga, M., (ed.), *Diego de Covarrubias y Leyva. Textos jurídicos-políticos*, Madrid 1957; Galende Díaz, J.C., «La biblioteca de manuscritos griegos y latinos del obispo

Se interesó por la historia, especialmente por la relacionada con la Antigüedad. Fruto de todo ello fue la realización del tratado *Veterum numismatum Collatio* editado por primera vez en 1556, en el que mostró un profundo conocimiento del sistema monetario romano. Es una obra excepcional, que supera la categoría del catálogo numismático, para convertirse en el primer tratado sobre el mercado antiguo destinado a conocer los problemas monetarios que pusieron en riesgo la continuidad del Imperio⁸⁰. En él se pone de manifiesto la máxima humanista de estudiar el pasado para resolver los problemas del presente.

También se ocupó de la epigrafía, tal y como se pone de manifiesto en el *Enchiridion de D. Diego Covarrubias sobre antigüedades Romanas* que todavía, muchos años después de su redacción, era copiado por autores como Jovellanos⁸¹. En él se recogen 131 inscripciones latinas, muchas de ellas procedentes de Toledo.

Alvar Gómez de Castro (1515-1580), es el más representativo de los autores humanistas toledanos. Nació en Santa Olalla y se formó en la Universidad de Alcalá. Tras recibir las órdenes sacerdotales llegó a Toledo para ejercer como capellán de la Universidad de Santa Catalina, en la que llegó a ser catedrático de Retórica y Griego⁸².

Diego de Covarrubias en el Colegio salmantino de San Salvador de Oviedo», en *Silos: un milenio. Actas del Congreso Internacional sobre la Abadía de Santo Domingo de Silos*, vol. 3, Burgos 2003, pp. 283-294; Pereña, V.L., *Diego de Covarrubias y Leyva, maestro de Derecho Internacional*, Madrid 1957; Rigo, A. y Trufero, M., *Vida y obra de Diego de Covarrubias y Leyva*, Madrid 1967; Santander, T., *La biblioteca de don Diego de Covarrubias y Leyva, obispo de Ciudad Rodrigo y de Segovia, y Presidente del Consejo de Estado (1512-1577)*, Salamanca 2000; Van Lieere, K.E., *Humanism and the law faculties in sixteenth century Spain: Diego de Covarrubias y Leyva (1512-1577) and the University of Salamanca*, Michigan 1996.

⁸⁰ Rada y Delgado, J. de D., *Bibliografía Numismática Española*, Madrid 1886, p. 67.

⁸¹ Ceán Bermúdez, J.A., *Memoria para la vida del Excmo. Señor D. Gaspar Melchor de Jovellanos, y noticias analíticas de sus obras*, Madrid 1814, p. 168.

⁸² Alvar, A., «Alvar Gómez de Castro, humanista», en *Revista de Filología Española*, n.º 62 3-4, 1982, pp. 193-210; Alvar, A., «Alvar Gómez de Castro y la historiografía latina del s. XVI: la vida de Cisneros», en *El erasmismo en España*, Santander 1986, pp. 248-264; Vaquero, C., *El maestro Alvar Gómez. Biografía y prosa inédita*, Toledo 1993.

Inicialmente se interesó por la poesía aunque acabó decantándose por la historia y los autores clásicos, gracias a encargos como la edición de los escritos de San Isidoro en la que colaboraron buena parte de los humanistas toledanos⁸³. Su obra histórica es poco conocida. Destacó la titulada *Antigüedades de la nobleza de Toledo* y el *Catálogo o Historia de los Arzobispos de la Iglesia toledana*, que quedó inacabada. Finalizó una biografía de Cisneros iniciada por Juan de Vergara, escribió un dictamen sobre el infante Fernando, hijo de Alfonso VII, enterrado en el convento de San Clemente y realizó interesantes trabajos sobre crítica histórica, tal y como queda reflejado en su *Juicio de Historiadores y modo de leerlos*⁸⁴. Sus aportaciones más destacadas tuvieron que ver con la Antigüedad clásica por la que sintió auténtica fascinación. Muestra de ello es el nombre de *gens pliniana* que dio a su grupo de amigos toledanos⁸⁵. A esa pasión se debe la redacción del libro *Las Vestales romanas* editado en 1562. En él se realiza uno de los primeros estudios de estas vírgenes antiguas para utilizarlas como ejemplo ante las comunidades monásticas femeninas de su época⁸⁶.

El grado de conocimiento que alcanzó de la cultura clásica se muestra en otras muchas facetas de su vida. Un caso concreto lo tenemos en la elaboración de los programas realizados para celebrar la entrada de reyes y reliquias a la ciudad, en los que incluyó todo tipo de referencias clásicas y emblemas procedentes del mundo antiguo⁸⁷. Su relación con

⁸³ Andrés, G. de, «Viaje del humanista Alvar Gómez de Castro a Plasencia en busca de códices de obras de San Isidoro para Felipe II (1572)», en *Homenaje a D. Agustín Millares Carlo*, Las Palmas 1975, pp. 607-662.

⁸⁴ Sánchez, E. y Mercado, C., «Juicio de Historiadores y modo de leerlos. Carta del maestro Alvar Gómez de Castro a Antonio Gracián sobre la historiografía en el Humanismo», en *Actas del VII Encuentro de Historiadores del Valle de Henares*, Guadalajara 2001, pp. 195-210.

⁸⁵ Vaquero, C., *Op. cit.*, Toledo 1993, p 136.

⁸⁶ Obra reeditada recientemente por García Sánchez, J., *Las Vestales romanas: Tratado de Alvar Gómez de Castro año 1562*, Oviedo 1993.

⁸⁷ «Venía por encima de la cabeza, volando por el aire, una Victoria con una corona de roble en las manos que la iba a poner, teniendo respecto a que los romanos solían dar aquella corona primero a sus soldados y después a sus emperadores cuando habían sido causa de guardar la vida a sus ciudadanos y, así se ve en muchos reversos de monedas antiguas la corona de roble con este título: OB CIVES SERVATOS, que quiere

la arqueología fue más que notable y empieza a ser valorada como se merece. Destaca su trabajo en el campo de la epigrafía en el que realizó una importante labor de búsqueda y recopilación⁸⁸. En total, a través de sus obras manuscritas e impresas, han llegado a nosotros más de 30 transcripciones de inscripciones latinas, aunque es probable que hubiera reconocido otras muchas que se describirían en un cuaderno citado en su testamento con el título de *epitaphios de Roma*⁸⁹. En Toledo esta labor se plasmó en el descubrimiento de la base de mármol para una estatua del emperador Marco Iulio Phillippo que Felipe II ordenó trasladar al Alcázar⁹⁰.

decir «Por los ciudadanos guardados». Tenía debajo de los pies un lince que es un animal del tamaño y forma de un lobo cervical, porque, según escriben dél, muerta la hembra, nunca busca otra compañía. Llevaba a su lado un enjerto que mostraba en un mismo árbol dos frutas diferentes. Tiraban el carro dos cornejas, hechas muy al propio, grandes más que al natural, con sus dos picos colorados, por causa que la corneja es ave dedicada a la concordia, como se ve en los reversos de la moneda de Faustina...» Gómez de Castro, A., *Recebimiento que la imperial ciudad de Toledo hizo a la magestad de la reina nuestra señora doña Isabel, hija del rey Enrique II de Francia...*, Toledo 1561, edición de Fernández, C., La Coruña 2007, pp. 80-81.

⁸⁸ Sánchez-Medina, E., «El maestro Alvar Gómez de Castro y la Epigrafía latina», en Maestre, J.M.; Pascual, J. y Charlo, L., (eds.), *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico*, III-1, Alcañiz-Madrid 2002, pp. 437-445.

⁸⁹ Sánchez Medina, E., *Op. cit.*, p. 444; San Román, F. de B., «El testamento de Alvar Gómez de Castro», en *Boletín de la Real Academia Española*, XV, 1928, pp. 543-566.

⁹⁰ Pisa, F. de, *Op. cit.*, Toledo 1605, fol. 15a y 15v., «Marco Iulio Philippo Trigésimo Segundo Emperador de Roma y Señor de España, que comenzó a imperar el año de doscientos y cuarenta y siete, después del nacimiento de Ntro. Señor tuvo particular amor a esta ciudad: cuyos vecinos en demostración y reconocimiento de éste, le dedicaron un letrero de Mármol, la cual el Maestro Alvar Gómez, que citamos en el capítulo pasado, y es el que escribió la historia del Cardenal don fray Francisco Ximénez, Arzobispo de Toledo, halló en cierta casa de esta Ciudad el año pasado de mil y quinientos y sesenta y cuatro, y se mandó poner la losa en el Alcázar de la misma ciudad que dice así.

IMP CAES. M. IVLIO PHI
LIPPO PIO. FEL. AVG.
PARTICO. MAX. TRIB.
POT. P.P. CONSVL. TO
LETANI DEVOTISSIMI

También se ocupó de la numismática. Un ejemplo de su interés por la moneda lo tenemos en su obra *Recibimiento que la imperial ciudad de Toledo hizo a la majestad nuestra señora doña Isabel ...*, en la que describe algunas decoraciones por él propuestas basadas, según sus palabras, «... en numerosos reversos de monedas antiguas...»⁹¹. Otro ejemplo del nivel que alcanzó en este campo lo tenemos en la correspondencia cruzada con Diego de Guevara o Pedro Chacón⁹². En ella encontramos referencias a temas complejos como eran las leyendas monetales en piezas de Bilbilis, Calagurris, Turiaso y Konterbia Karbika o diferentes aspectos de la moneda de Vespasiano, Trajano y Adriano⁹³.

Además y para valorar su verdadera implicación con el estudio del pasado, hay que destacar su faceta como coleccionista. Sabemos por la documentación de Antonio Agustín que reunió un importante monetario en el que destacaban las acuñaciones visigodas⁹⁴. También recopiló inscripciones romanas a las que hizo referencia Román de la Higuera cuando dijo que su casa estaba llena de «*elegantes inscripciones al husso Romano*»⁹⁵. Su colección debió ser una de las más completas de su tiempo al incluir objetos entonces poco valorados como eran los de

NVMINI. MAIESTATI
QVE EIVS D.D.

Rojas, P. de, *Op. cit.*, Madrid 1654, Tomo I, p. 443, «*Halló esta piedra Alvar Gómez de Castro en nuestra Imperial Ciudad, en el zaguán de una casa, que servía de poyo: Dio cuenta de esto al Señor Rey Don Felipe Segundo, que por extraordinaria, y curiosa, la mandó llevar a su Alcázar de Toledo, donde se guarda.*»

⁹¹ Ver nota 86.

⁹² Carta de Alvar Gómez de Castro a Pedro Chacón, sobre leyendas de monedas visigodas. Toledo, 21 de septiembre de 1575, en Abascal, J.M. y Cebrián, R., *Op. cit.*, Madrid 2006, p. 269.

⁹³ Los datos más concretos proceden de las cartas cruzadas con Felipe de Guevara conservadas en la Real Academia de la Historia: Abascal, J.M. y Cebrián, R., *Op. cit.*, Madrid 2006, p. 277-278; También en González de Posada, C., «Noticia de españoles aficionados a monedas antiguas», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 51, 1907, p. 459.

⁹⁴ Agustín, A. *Diálogo de medallas, inscripciones, y otras antigüedades*, Madrid 1744, p. 317.

⁹⁵ Román de la Higuera, J., *Op. cit.*, 1601, B.N. MSS. 1293, fol. 185v.

cerámica. Muestra de ello es una referencia de Ambrosio de Morales sobre un fragmento de terra sigillata sudgálica de su propiedad, procedente de Consuegra, que es una de las primeras descripciones de este tipo de cerámica y de su sigillum en Europa⁹⁶.

Antonio Covarrubias (1523-1601), fue hermano del ya citado Diego. Estudió leyes en la Universidad de Salamanca y llegó a ser catedrático en ella. En 1561 inició una intensa carrera profesional que le llevó a ocupar diferentes puestos de la Administración. Tras enfermar y quedar sordo, se recluyó en Toledo donde desempeñó los cargos de canónigo y maestrescuela de la catedral, que implicaba el control de la pujante Universidad de Santa Catalina⁹⁷.

Su pasión por el helenismo marcó buena parte de su vida. A ella se debe la llegada a Toledo de copistas como Antonio Calosinás que desarrollaron una importante labor destinada a divulgar el pensamiento griego⁹⁸. Su obra principal fue de carácter jurídico aunque también

⁹⁶ «*En todos los lugares que fueron de Romanos, se hallan ahora unos casquillos de vasos comunes de servicio, como platos y escudillas, y otros tales, y son de tal barro, que ahora no lo tenemos semejante, y tienen una tez o barniz, o sea vidriado (aunque no lo parece) de un color rojo, muy diferente de todo lo que ahora conocemos: de manera que en viendo estos casquillos, luego los extrañamos, y no parece cosa de ahora, aunque en la color y lustre son algo semejantes a los barros, o búcaros que traen de Estremoz en Portugal: sino que el casco todo es más firme y más delicado. Estos tengo yo por vasos de Romanos, porque veo se hallan estos casquillos de ellos, en todos los lugares que fueron antiguamente de Romanos, y en ningún lugar, que no haya sido de aquel tiempo, los he visto. Y he pensado muchas veces, que éstos debían ser los vasos que labraban en Murvedre cabe Valencia, y eran de tanta estima, que los llevaban hasta Roma, y los estimaban allá, como por versos de Marcial, y por Plinio y otros aparece. En los casquillos que comúnmente se hallan, hay unos mucho más delicados que otros, y el maestro Alvar Gómez de Castro, que lee cathedra de Griego y Rhetorica en Toledo, y por la mucha doctrina que tiene en la lengua Griega, y en todas buenas letras, es muy conocido: tiene un gran pedazo de un suelo de vaso de este barro de lindo lustre, que se halló en Consuegra, y en el pie tiene por defuera estas letras OFF. PATR. Que dicen Officina Patriciorum y denotan, que aquel vaso se labró en casa de oficial, donde no se labraban vasos para más que gente noble y caballera.*» Morales, A. de, *Op. cit.*, Alcalá de Henares 1575, fol. 5.

⁹⁷ Anónimo, *Retratos de los españoles ilustres con un epítome de sus vidas*, Madrid 1791, sin paginar.

⁹⁸ Andrés, G. de, «El helenismo del canónigo toledano Antonio de Covarrubias. Un capítulo del humanismo en Toledo en el siglo XVI», en *Hispania Sacra*, 40, 1988, pp. 237-313; Andrés, G. de, «El helenismo en Toledo en tiempo del Greco», en

participó en proyectos relacionados con la historia como fue la edición de las obras de San Isidoro dirigida por Alvar Gómez de Castro, o la elaboración de las *Observaciones del Fuero Juzgo* que impulsó su hermano Diego.

La admiración por la Antigüedad se muestra en la elaboración de unos *Comentarios sobre los Libros de Política de Aristóteles* que quedaron inacabados a su muerte. En cuanto a su vinculación con la arqueología, destaca su condición de coleccionista de monedas⁹⁹ y la redacción de obras como la titulada *Defensa de las reliquias descubiertas en la Torre Turpiana en las cavernas del Monte Valparaiso de Granada*, que es uno de los primeros ejemplos de preocupación por la arqueología sacra en Toledo¹⁰⁰.

Pedro Chacón (1526-1581), es otro de los grandes humanistas locales. Nació en Toledo se formó en su universidad y en la de Salamanca. Adquirió un importante reconocimiento como helenista, matemático y teólogo, hasta el punto de ser reclamado por Gregorio XIII para trabajar en la modificación del calendario juliano y colaborar en la revisión y edición de autores antiguos como Graciano, Tertuliano, Varrón, Salustio o Plinio¹⁰¹.

A pesar de haber realizado la mayor parte de su obra en Roma, mantuvo una activa correspondencia con los círculos culturales toledanos, a los que sirvió de enlace con los de la capital italiana, caso del organizado en torno a Fulvio Orsini en el que también participó el Greco¹⁰². A ello

Cavallo, G.; Gregorio, G. di y Maniaci, M. (eds.), *Scritture, libri e testi nelle aree provinciali di Bisanzio, Atti del Seminari de erice*, Spoleto 1991, vol. II, pp. 577-588; Andrés, G., de, *Helenistas del renacimiento en Toledo: el copista Antonio Calosinás*, Toledo 1999; Gil Fernández, L., «Griegos en Toledo en el siglo de oro», en Cortés, M., (coord.), *Toledo y Bizancio*, Cuenca 2002, pp. 167-178.

⁹⁹ González de Posada, C., *Op. cit.*, 1907, p. 462.

¹⁰⁰ *Inventario General de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*, Tomo XIII (8500 a 9500), Madrid 1995, pp. 247-248.

¹⁰¹ Díez, G., *Hombres y documentos de la filosofía española*, Tomo II, Madrid 1983, pp. 508-509; Ruiz, E., «Los años romanos de Pedro Chacón. Vida y obras», en *Cuadernos de Filología Clásica*, n° 10, 1976, pp. 189-247.

¹⁰² Flores, C., «Respuestas inéditas de Antonio Agustín a consultas de amigos», en *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid* (1987-

se debe que autores como Román de la Higuera lo considerara un hombre culto que «... *supo de monedas, piedras y Antigüedades Romanas más que ninguno que hasta allí vivió en Roma*»¹⁰³. Su obra es amplísima. De sus primeros años toledanos se conoce su colaboración con Alvar Gómez de Castro para la edición de las obras de San Isidoro¹⁰⁴. De la etapa romana destacan numerosos tratados sobre diferentes aspectos de la Antigüedad, en especial, sus estudios sobre el calendario de Julio César, principal causa de su traslado a la capital italiana. También, un tratado de pesos y medidas utilizados en el pasado y otro de numismática titulado *Comentaria Nummis tam Graecorum et Latinorum quam Hispanorum et Italarum*.

Esta afición arqueológica se pone de manifiesto en obras como el *De triclinio sive de modo convivandi apud prisco Romanos* editado por primera vez en 1588, que trata de la comida y costumbres relacionadas con la mesa en la Antigüedad¹⁰⁵. También en su *Columnae rostratae Duibi inscriptiones explicatio*, que aborda el estudio de este importante monumento localizado en 1565, en especial de su rica y variada epigrafía¹⁰⁶.

Juan Bautista Pérez (1537-1597), es uno de los miembros más jóvenes del grupo y aunque por edad pertenece a una generación más

1988), p. 141. En una de las cartas recopiladas se dice: «*En otra carta deseo saber de V(uestra) m(erced) como le va con las antiguallas y hombres doctos de Roma que m(icer) Fulvio Ursino me escribe que presto fue V(uestra) m(erced) conocido y estimado y que no me echaban menos teniendo a V(uestra) m(erced)*». Ver también Moraleda, J., «En torno a las anotaciones de Fulvio Ursino al texto del *Bellum Gallicum* de Julio César», en Maestre, J.M., Pascual, J. y Charlo, L., (coords.), *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico: homenaje al profesor Antonio Prieto*, IV, Alcañiz 2008, pp. 737-746.

¹⁰³ Román de la Higuera, J., *Op. cit.*, B.N. mss. 1293, fol. 189a. y 189v.

¹⁰⁴ Sánchez, E., *Op. cit.*, 2002, p.

¹⁰⁵ Sastre de Diego, I., «La arqueología cristiana española en Roma», en Olmos, R.; Tortosa, T. y Bellón, J.P., (eds.), *Repensar la Escuela del CSIC en Roma, cien años de memoria*, Madrid 2010, pp. 463-464.

¹⁰⁶ Mayans, G., *Introductio ad Veterum inscriptionum historiam litterariam*, edición y traducción de Abad, L. y Abascal, J.M., Madrid 1999, pp. 58-59. En ella se dice: «*Pedro Chacón, toledano, experto en todas las antigüedades. Nació en Toledo y dejó un eximio monumento de su trabajo epigráfico en la Explicación de la Columna Rostrata, que se editó en Roma en 1608*».

reciente, su obra y relaciones aconsejan tratarlo en este momento. Nació en Valencia. Su vinculación con Toledo se debe a su amistad con el cardenal Quiroga del que fue un eficaz colaborador. Estudió teología, derecho canónico, hebreo, griego y árabe. En 1577 fue nombrado canónigo obrero de la catedral toledana y bibliotecario, cargos que desempeñó hasta el año 1591 en que fue designado obispo de Segorbe. Fue amigo de Antonio Covarrubias y de Antonio Agustín, con los que compartió aficiones como el estudio y coleccionismo de monedas antiguas¹⁰⁷. También participó con el primero de ellos en proyectos tan simbólicos como el diseño de los arcos de triunfo para celebrar la entrada en Toledo de las reliquias de Santa Leocadia en el año 1587¹⁰⁸. Sus conocimientos numismáticos debieron de ser importantes, de acuerdo con lo reflejado en las cartas cruzadas con Alvar Gómez de Castro y Antonio Agustín. En una de ellas se habla de un texto de nuestro autor «*con muchas letras extrañas sacadas de diversas medallas, allí hay esta palabra Obulco*», una de las primeras referencias a las lenguas prehistóricas y a las acuñaciones de esta ciudad prerromana¹⁰⁹. También cultivó la epigrafía y gracias a ello pudo localizar y valorar la excepcional inscripción de consagración al culto católico de la catedral de Toledo datada en el año 587, procedente de San Juan de la Penitencia¹¹⁰. A su buen hacer y entendimiento, se debe la recuperación de tan importante pieza y su conservación en un sencillo monumento en el claustro catedralicio.

¹⁰⁷ González de Posada, C., *Op. cit.*, Madrid 1907, p. 462.

¹⁰⁸ Kagan, R., *Op. cit.*, Berlín 1982, p. 49.

¹⁰⁹ Agustín, A., *Diálogo de medallas, inscripciones y otras antigüedades*, Madrid 1744, p. 322, «*El maestro Juan Bautista Pérez, canónigo de Toledo, me dio un papel con muchas letras extrañas sacadas de diversas medallas allí hay esta palabra Obulco...*».

¹¹⁰ Una de las primeras descripciones del hallazgo lo encontramos en Narbona, E., *Op. cit.*, Toledo 1624, «*Este gran rey Recaredo hermano del ínclito mártir San Hermenegildo, reedificó la iglesia de Toledo, que es la misma que hoy gozamos (y aún se cree que es la que San Eugenio dedicó primero) y la hizo consagrar. Testificalo la inscripción de un mármol de aquel tiempo en letras góticas, que hallado en nuestros días existe en la memoria de lo venidero, en el claustro de la misma Santa Iglesia, dice así.*»

Su obra histórica muestra una cierta proximidad a los intereses cultivados por los historiadores que luego trataremos. Destaca en este campo su capacidad para ejercer la crítica histórica que le permitió ser uno de los primeros autores en pronunciarse a favor de la falsedad de los libros plúmbeos del Sacromonte¹¹¹ y de las primeras redacciones de los falsos cronicones¹¹². Sus obras más conocidas fueron un episcopologio toledano titulado *Vitae archiepiscoporum toletanorum et de primatia ejundem ecclesia*, los *Varios apuntamientos sobre la primacía de la Iglesia de Toledo* y la *Relación de las cosas memorables que se hallan en las historias antiguas sobre la dignidad del arzobispo de Toledo*¹¹³. Todas ellas, como luego veremos, confirman el carácter de «hombre puente» entre humanistas e historiadores locales.

Andrés Schottus (1552-1629), es aún más joven que Juan Bautista Pérez y el último humanista toledano propiamente dicho. De origen alemán, se formó en Lovaina y colaboró con las universidades de Douai y París. Su llegada a Toledo tuvo que ver con la Universidad de Santa Catalina, en la que sucedió a Alvar Gómez de Castro en la cátedra de Retórica y Griego¹¹⁴.

CTAE MARIAE. IN CATHOLI
CO DIE PRIMO. IDVS APRI
LIS. ANNO FELCITER PRI
MO REGNI DOMINI NOSTRI
GLORIOSISSIMI. F.L. RECARE
DI REGES. ERA DC.XXV.

¹¹¹ Ehlers, B., «Juan Bautista Pérez y los plomos de Granada: el humanismo español a finales del siglo XVII», en Barrios, M. y García-Arenal, M., (eds.), *Los plomos del Sacromonte. Invención y tesoro*, Valencia 2006, pp. 253-270.

¹¹² En una carta de Juan Bautista Pérez al bibliotecario de la catedral, Cristobal de Palomares, se dice: «*Estos días escribí al Padre Higuera, diciéndole que es fingido el Chronico de Fulda en nombre de Dextro y Maximo, cuya copia aquí tengo: y puedo probar ser fingido con cien argumentos: pero no tengo lugar para escribillos.*», Publicada en Mayans, G., (ed.), *Censura de Historias fabulosas, obra postuma de Nicolás Antonio...*, Valencia 1742, p. 529; Godoy, J., *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid 1868, p. 36, nota 1.

¹¹³ García Luján, J.A., «Historiografía de la Iglesia de Toledo en los siglos XVI a XIX», en *Estudios en memoria del profesor D. Salvador de Moxó*, Madrid 1982, p. 370.

¹¹⁴ Baget, F.N.J.G., «Notice biographique el litteraire sur André Schott (Andreas Schottius)», en *Mémoires de l'Académie Royale de Belgique*, tome XXIII, Bruselas

Su interés por la Antigüedad se puso de manifiesto en la edición de obras de Teofilacto, Séneca o Cicerón. También en la realización de tratados basados en autores clásicos como el *De situ orbis* de Pomponio Mela o la *Historia romana* de Veleyo Patérculo. Al margen de los clásicos, destaca su obra *Hispania illustrata* y una serie de estudios sobre la cultura material de la antigüedad. Es el caso de un nuevo tratado numismático titulado *Tabulae rei nummariae Romanorum Graecorumque* editado en 1605 y, sobre todo, la edición en el año 1600, junto con Jerónimo Zurita, del importantísimo Itinerario de Antonino¹⁵, básico para el estudio de las vías romanas. También colaboró con Antonio Agustín en la preparación de un catálogo de inscripciones latinas que quedó en su poder a la muerte del arzobispo tarraconense¹⁶.

Su salida de Toledo marca el fin del foco humanista y coincide con el apogeo de otro diferente, ahora de historiadores, que se consolida a finales del siglo XVI. Sus principales representantes son miembros de una generación más reciente que el grueso de la que acabamos de estudiar, cuya obra refleja la crisis del tiempo que les tocó vivir. Una realidad difícil que necesitó ser apuntalada con sus propios argumentos y que quedó marcada por el crecimiento de las creencias religiosas, que ocasionó profundos cambios en la manera de ver el pasado.

En conjunto, constituyen un grupo heterogéneo, que adquiere algo de coherencia como consecuencia de trabajar en un escenario en el que todo es cuestionado. Sus integrantes se centraron en la realización de historias locales, aunque pronto evolucionaron a temas relacionados con la hagiografía y los grandes hombres de la Iglesia toledana, que acabaron monopolizando la investigación y la labor editorial local. El estudio de las obras que realizaron muestra que se mantuvo la voluntad de estudiar el pasado aunque con la introducción de algunos matices que es conveniente señalar. Es evidente que decayó el interés por el

1849; Sánchez, F. y González del Campo, F., «La aportación de los jesuitas a la difusión de la historia: el humanista Andreas Schott y su *Hispania Illustrata*», en AA.VV., *Profesor Nazario González: una historia abierta*, Barcelona 1998, pp. 141-147.

¹⁵ Zurita, J. de y Schottus, A., (eds.), *Antonini Augusti, et Burdigalense*, Colonia 1600.

¹⁶ Hübner, E., *La arqueología de España*, Barcelona 1888, pp. 71-73.

conocimiento más generalista, por la pieza y por el coleccionismo humanista, como consecuencia de la pérdida de protagonismo que experimentó la Antigüedad y del auge que empezaban a disfrutar algunos restos de la Edad Media y las reliquias. A ello se debe la aparición de una arqueología más amplia en lo temporal aunque mucho más local en su ambición y proyección.

Los historiadores toledanos más destacados de este grupo fueron:

Pedro de Alcocer (mediados del siglo XVI), es el precursor de todos ellos y del que menos datos biográficos tenemos. De hecho y hasta los últimos años del siglo XIX, se creyó que el nombre era un pseudónimo de Juan de Vergara. Los pocos datos conocidos permiten asegurar que fue contador del Duque del Infantado¹⁷. De su obra han llegado a nuestros días la *Historia de Toledo* publicada por primera vez en el año 1554 y la *Relación de las cosas que pasaron en estos reinos desde que murió doña Isabel hasta que acabaron las Comunidades en la Ciudad de Toledo*.

La importancia de Pedro Alcocer radica en ser el primero de los historiadores toledanos y haber realizado una obra que sirvió de modelo para las que se publicaron años después en otras poblaciones¹⁸. En ella encontramos formulada la imagen de Toledo como ciudad imperial y una demostración de los criterios utilizados por el llamado género corográfico en el siglo XVI.

La relación de Pedro de Alcocer con la arqueología propiamente dicha es escasa y se resume en su capacidad para describir los restos antiguos de Toledo y ser el primero en proponer que la mayor parte de los muros conservados en la Vega, pertenecían a un circo de época romana.

Esteban de Garibay (1533-1600), nació en Mondragón. Llegó a Toledo en 1574 y permaneció en la ciudad hasta el año 1586 en que se trasladó a Madrid siguiendo a la corte, persiguiendo el nombramiento de Cronista de Su Majestad que obtuvo en 1592¹⁹.

¹⁷ Trueba, A. de, «Los Aguirre de Toledo», en *Euskal-Erria, revista vascongada*, 1887, n.º XVII, pp. 289-296.

¹⁸ Kagan, R.L., *Op. cit.*, 1995, pp. 47-59.

¹⁹ Alvar, A., «Esteban de Garibay y Zamalloa (1533-1599)», en web <http://humanismoyhumanistas/esteban-de-garibay-biografia>, 2011; Alvar, A., «Esteban de

Su obra es un ejemplo de pervivencia de la cronística medieval caracterizada por el interés por personajes nobiliarios concretos y la renuncia a la crítica histórica. Destaca su intento de realizar la primera Historia de España a través de *Los Quarenta Libros del Compendio Historial* o la utilización de fuentes arqueológicas para el estudio de sus genealogías. Muestra del interés por estos temas son su *Origen, discursos e ilustraciones de las dignidades seglares de estos reynos* y *Letreros e insignias reales de todos los Serentísimos Reyes de Oviedo, León y Castilla*.

En Toledo intervino en actuaciones arqueológicas relacionadas con intereses cercanos a la monarquía, fundamentalmente en el acondicionamiento de la Cripta de Santa Leocadia para la visita de Felipe II y en el turbio asunto de San Tirso¹²⁰. Su principal aportación en este campo tiene que ver con sus investigaciones genealógicas que le llevaron a iniciar un ambicioso e interesantísimo corpus de inscripciones funerarias existentes en las iglesias y capillas de Toledo, conservado en la Real Academia de la Historia¹²¹. Su realización marca un punto de partida para la arqueología medieval toledana, que nunca había estado presente en la mente de nuestros humanistas.

Francisco de Pisa (1534-1616), nació en Toledo. Estudió como muchos otros en la Universidad de Santa Catalina en la que permaneció como catedrático de Sagrada Escritura y decano de la facultad de Teología y Artes. También fue capellán mozárabe de la catedral y beneficiado en diferentes parroquias de la ciudad¹²². Como ocurre con

Garibay (1533-1599). O doce claves y algunas *relecciones* para entender cómo paralizó la renovación historiográfica española», en *Revista de Historiografía*, 15, 2011, pp. 90-97; Anchustegui, E., «El universo identitario de Esteban de Garibay y Zamalloa», en *Ingenium. Revista electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de las Ideas*, 5, 2011, pp. 29-53.

¹²⁰ Garibay, E., *Relación que hizo a Su Magestad Estevan de Garibay su Coronista*, Toledo 1595; ver nota 34

¹²¹ *Libro de epitaphios*, R.A.H. D-56.

¹²² Gómez-Menor, J.C., «El testamento del Doctor Francisco de Pisa», en *Toletum* 4, 1969, pp. 213-233; Gómez-Menor, J.C., «Estudio preliminar», en Pisa, F. de, *Op. cit.*, 1976, pp. 7-37; Tamayo de Vargas, T., *Buena memoria del Doctor Francisco de Pisa, autor de la «Descripción de la imperial ciudad de Toledo*, Toledo 1617.

otros compañeros de generación, inició su formación con miembros del grupo humanista local al que debe su interés por Aristóteles que se plasmó en unos *Comentarios al De Anima*. Sin embargo, desde fechas tempranas orientó su trabajo hacia la hagiografía, a la que se debe la realización de una *Historia de Santa Leocadia* y un *Catálogo de los Santos o Varones insignes de la Tercera Orden de San Francisco...* También se dedicó a temas litúrgicos históricos, como demuestra su *Declaración del Oficio Divino Gótico o Muzárabe, de su antigüedad y del orden rezado general*.

Su obra más conocida y ambiciosa fue la *Historia de Toledo* publicada en 1605, para la que preparó una segunda parte que quedó inconclusa a su muerte¹²³. En ella encontramos dos temas de interés. Por un lado el desprecio por los falsos cronicones que eran firmemente creídos por la mayor parte de los historiadores y, por otro, un cierto interés por la arqueología toledana. A su capacidad de estudio de los restos materiales del pasado se debe la descripción, por primera vez, de los restos del anfiteatro romano de las Covachuelas, que le sirvieron para plantear una novedosa reconstrucción del programa arquitectónico monumental de la Vega de Toledo en época romana, para la que contó con la colaboración de Juan Bautista Monegro¹²⁴.

Juan de Mariana (1536-1624), es el más conocido de nuestros historiadores. Nació en Talavera de la Reina. Se formó en Alcalá de Henares y desempeñó funciones docentes en Roma, París, Loreto y Mesina. En 1574 regresó a España para establecerse en la Casa Profesa de los Jesuitas en Toledo, en la que permaneció hasta su muerte¹²⁵.

¹²³ Pisa, F. de, *Op. cit.*, Toledo 1976.

¹²⁴ Así lo dice expresamente en su obra Pisa, F. de, *Op. cit.*, Toledo 1605, fol. 17 v: «*Todo lo dicho de estas ruinas de edificios que hay en la vega, es el parecer de Juan Bautista Monegro, maestro mayor de las obras del Rey nuestro señor, con quien lo he comunicado.*»

¹²⁵ Ballesteros, M., *El Padre Juan de Mariana. La vida de un sabio*, Barcelona 1944; Cirot, G., *Mariana historien*, Burdeos 1905; Fernández de la Mora, G., «El proceso contra el Padre Mariana», en *Revista de Estudios Políticos*, Nueva época, 79, 1993, pp. 47-99; Olmedo, J., «Semblanza y andanza del Padre Mariana», en *Cabeza Encantada, Humanismo e-review*, 2011, pp. 1-27.

Sus primeros trabajos en Toledo tienen que ver, una vez más, con las empresas promovidas por miembros del círculo humanista local, caso de la edición de las obras de San Isidoro. También colaboró con García de Loaysa para editar la colección de concilios hispánicos. Fruto de estos contactos y del saber acumulado durante su estancia en Roma, fue la realización de la obra *De ponderibus et mensuris*, sobre el funcionamiento de los pesos y medidas en la Antigüedad. En ella destacan las tablas con equivalencias con otros sistemas antiguos como el griego o el hebreo y con el utilizado en Toledo en el siglo XVI.

Su creación más conocida nada tiene que ver con la tradición humanista sino con la histórica más tradicional. Me refiero a la *Historia de rebus Hispaniae*, más conocida por su nombre castellano de *Historia General de España*, destinada a la formación del entonces príncipe Felipe III. Una obra caracterizada por la recopilación de información en la que falta una labor crítica exhaustiva, que se convirtió en la única Historia nacional accesible hasta mediados del siglo XIX, con todo lo que ello supuso a la hora de servir de referencia para el estudio de las etapas más desconocidas de nuestro pasado¹²⁶. Su relación con la arqueología propiamente dicha es poco relevante, aunque incluyó numerosos datos sobre hallazgos en sus estudios. Con ella se muestra el retroceso que esta actividad empezaba a sufrir en la ciudad.

Jerónimo Román de la Higuera (1538-1611), nació y vivió en Toledo. Se formó en la Universidad de Santa Catalina y es, sin duda alguna, el personaje más complejo, interesante y discutido de los historiadores toledanos que estudiamos¹²⁷.

Sus primeros trabajos tienen que ver, de nuevo, con destacadas figuras del humanismo toledano como fueron Alvar Gómez de Castro o Juan Bautista Pérez. Sin embargo, sus obras más conocidas nada tienen que ver con ellos y se caracterizan por la comprometida y exagerada defensa de su ciudad. En ellas destacan los falsos cronicones escritos para

¹²⁶ Alvar, A., «El sentido histórico de la Historia de España del padre Mariana», en *Torre de Lujanes*, 65, 2009, pp. 51-74.

¹²⁷ Cirot, G., «Documents sur le faussaire Higuera», en *Bulletin Hispanique* 8-1, 1906, pp. 87-95; Godoy, J., *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid 1868, p. 16.; López de Ayala, J., *Toledo en el siglo XVI después del vencimiento de las comunidades*, Madrid 1901, p. 83.

y desde Toledo, con el fin de mostrar su preeminencia indiscutible, aunque fuese a través de invenciones que marcaron la labor de historiadores y arqueólogos durante siglos¹²⁸.

Son obras escritas en un amplio espacio de tiempo, que incluyeron numerosísimas referencias arqueológicas como prueba de veracidad. Destaca la utilización que hizo de las fuentes epigráficas de las que tenía un exhaustivo conocimiento¹²⁹. En este sentido hay que recalcar su carácter de falsario, pero también de recopilador de piezas auténticas que, por el hecho de ser publicadas o citadas por nuestro autor, no han recibido el estudio que merecen. Su trabajo también fue fundamental para el desarrollo de la arqueología sacra reflejada en tramas como la de San Tirso, que movilizó a amplios sectores de la población.

Además de escribir los falsos cronicones, fue autor de una interesante e inédita *Historia Eclesiástica de la Imperial Ciudad de Toledo*, de un *Libro de Linajes de la Nobleza de Toledo*, del tratado sobre *La Descensión de Nuestra Señora a la Santa Iglesia de Toledo a dar la casulla a San Ildefonso su Arzobispo* y de la *Defensa de las Reliquias del Santo Monte de Granada*. Todas ellas constituyen un buen ejemplo de los intereses que primaron en Toledo en torno al año 1600 y son una fuente de conocimiento inapreciable de los anhelos de los toledanos de su época, más que de los del pasado, de los que, en principio, decía ocuparse.

¹²⁸ Antonio, N., *Op. cit.*, G., Valencia 1742; Godoy, J., *Op. cit.*, Madrid 1868.

¹²⁹ Hernando, M. del R., «Cuando la fama te precede: Jerónimo Román de la Higuera y la epigrafía hispana», en Crespo, S. y Alonso, M.A., (coords.), *Scripta Antiqua in honorem Ángel Montenegro Duque et José María Blázquez Martínez*, Valladolid 2002, pp. 501-515; Hernando, M. del R., «De parroquia en parroquia. Notas de epigrafía orensana de Jerónimo Román de la Higuera», en Conde, P.P. y Velázquez, I., (eds.), *La Filología latina. Mil años más. Actas del IV Congreso de la S.E.L.A.T.*, Madrid 2005, pp. 2013-2030; Hernando, M. del R., «Manuscritos de contenido epigráfico de la Biblioteca Nacional de Madrid: curiosidades y malentendidos», en *Gerión* 23-2, 2005, pp. 59-88; Hernando, M. del R., «Jerónimo Román de la Higuera y la epigrafía de Ibahernando (Cáceres)», en *Zephyrus* LXIII, 2009, pp. 185-203; Yelo, A., «El Cronicón del Pseudo-Dextro proceso de redacción», en *Anales de la Universidad de Murcia*, Letras, Vol. 43, 3-4, 1985, pp. 103-121.

Pedro Salazar de Mendoza (1549-1629), es el más joven y el último de los historiadores toledanos que tratamos en este segundo grupo. Nació en Toledo en el seno de la familia de los Mendoza. Estudió en Salamanca y volvió a nuestra ciudad donde ejerció como canónigo penitenciario de la catedral y administrador del Hospital Tavera. Realizó una importante labor como historiador¹³⁰. Del total de su obra destacan la *Crónica del gran cardenal de España Don Pedro Gonçalez de Mendoza*, la *Chronica del Cardenal Juan Tavera*, la *Crónica de los Ponce de León* o *El glorioso San Ildefonso, arzobispo de Toledo, primado de España*, en un nuevo ejemplo de intereses temáticos compartidos con el resto de los miembros de su generación.

Su interés por la arqueología se deduce de los datos y referencias que introduce en sus obras. En ellas aparecen descripciones e interesantes apreciaciones sobre los grandes monumentos antiguos de Toledo, también sobre restos medievales que adquieren nuevamente el protagonismo que los humanistas les habían negado. Destaca en este sentido la descripción que realizó de los cementerios antiguos y medievales de la ciudad a los que clasifica en función de su adscripción a «*gentiles, judíos y moros*», por la tipología de los restos conservados¹³¹. También hay que citar su magnífico estudio de los restos del supuesto templo de San Tirso, con el que demostró su falsedad¹³².

Su dedicación al estudio de los linajes le hizo ser continuador de la labor iniciada por Esteban de Garibay, ocupándose por ello de completar el documento sobre inscripciones funerarias medievales de Toledo con nuevos epitafios¹³³. También hay que destacar su interés por la figura de

¹³⁰ Kagan, R.L., «Pedro Salazar de Mendoza as Collector, Scholar, and Patron of El Greco», en Brown, J. y Pita, J.M., (eds.), *El Greco: Italy and Spain*, Washington 1984, pp. 85-93.

¹³¹ Salazar de Mendoza, P., *Chronico de el cardenal Don Juan Tavera*, Toledo 1603, p. 256.

¹³² Anónimo, *Dificultades y objeciones cerca de la opinión, que el bienaventurado martyr San Thyrso fue natural de Toledo...*, con nota manuscrita del ejemplar conservado en la Biblioteca capitular de Toledo «*Del Dr. Salazar de Mendoza, como consta de Esteban Garibay...*»

¹³³ *Libro de epitaphios*, RAH D-56, sig. 9/ 329 bis, «*Este libro de epitaphios está escrito (en parte por Es) tevan de Garibay Zamalloa, chronista de su Magd., cuya*

San Ildefonso y su responsabilidad en el auge de la investigación sobre el monasterio Agaliense que, como hemos podido comprobar, se convirtió en un reto para los historiadores y arqueólogos toledanos¹³⁴.

Con él se puso fin a una generación y se da inicio a otra, nuevamente de historiadores, más tardía e igual de heterogénea que la anterior. Su interés principal fue la defensa a ultranza de lo toledano, con todo lo que eso significa a la hora de valorar la difusión y repercusión de su obra. El trabajo que realizaron dejó de basarse en la búsqueda de nuevos argumentos con los que generar nuevas imágenes cívicas, para centrarse en la justificación exagerada de los pocos privilegios de los que Toledo disfrutaba, en especial el de la primacía eclesiástica hispana, que se convirtió en objeto de un importante debate. En él, se utilizaron todo tipo de razones, especialmente las que aparecían en los falsos cronicones, que dieron lugar a historias más deseadas que reales. Es el momento en el que se crean el mayor número de obras relacionadas con el origen de la sede toledana, de sus arzobispos y de sus principales instituciones. A ello se debe que sólo los elementos que tenían una lectura aprovechable para estos fines tomaran nuevo protagonismo, dentro de esa corriente que hemos denominado arqueología imaginaria. Un juego complejo entre datos reales, falsificaciones y recreaciones interesadas, que protagonizaron debates muy diferentes de los practicados sobre la Antigüedad unos años antes.

Entre estos últimos historiadores que lucharon por apuntalar la imagen de Toledo destacan autores como Diego de Castejón, obispo de Lugo y luego de Tarazona, o Martín Ximena, secretario del cardenal Moscoso y Sandoval, gran experto numismático y autor de importantes obras sobre arqueología andaluza. Para no alargar más este discurso, nos interesamos por:

letra es la de los fólíos 1,2,3 y otras que se parecen a ellas. Fue después de Pedro de Mendoza, canónigo de Toledo, a quien hay algunos apuntamientos y en especial los fólíos 4, 65, 59 y otros, y últimamente fue de Thomas Tamayo de Vargas, chronista de su Magd., de cuya almoneda lo compré en noviembre de 1641. Fdo. Manuel Pantoja y Alpuche.»

¹³⁴ Salazar de Mendoza, P., *El Glorioso doctor San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas*, Toledo 1618, pp. 17-34.

Baltasar Porreño (1569-1639), nacido en Cuenca y formado en Alcalá de Henares. Desempeñó diferentes cargos eclesiásticos en el arzobispado de Toledo, del que fue nombrado cronista¹³⁵. Fue autor de una amplísima obra. Destacan las que hacen referencia a la importancia de los arzobispos toledanos y a su carácter primado, en concreto, la *Historia de los Arzobispos de Toledo y cosas de España*, *La Vida del cardenal don Pedro González de Mendoza*, el *Elogio de los Infantes que han sido cardenales de Toledo* y los *Hechos hazañosos del gran cardenal don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo*.

En ellas muestra una cierta atención por algunos temas relacionados con la Antigüedad que, como veremos en otros autores, parece volver a tomar cierto protagonismo a comienzos del siglo XVII. Fruto de ese renovado interés por lo antiguo es un *Breve tratado de las vestiduras antiguas* o su rica colección numismática que llegó a contar con más de cuatro mil piezas¹³⁶.

Tomás Tamayo de Vargas (1589-1641), es el miembro más destacado de este último grupo de intelectuales. Nació en Madrid y vivió durante una amplia etapa de su vida en Toledo tras conseguir una plaza como profesor en la Universidad de Santa Catalina. Su vinculación con el Conde Duque de Olivares le permitió iniciar una amplia carrera administrativa como diplomático y miembro de diferentes consejos y de la Inquisición. También fue nombrado Cronista Real de Castilla y Cronista mayor de Indias, siendo por ello el último de los historiadores toledanos de alcance verdaderamente nacional¹³⁷.

¹³⁵ Rivera Recio, J.F., «Baltasar Porreño (1560-1639), historiador de los Arzobispos de Toledo», en *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 60, 1943, pp. 107-144.

¹³⁶ Rivera Recio, J.F., *Op. cit.*, 1943, p. 115.

¹³⁷ García, E., «La España de los cronistas reales en los siglos XVI y XVII», en *Norba, Revista de Historia*, vol. 19, 2006, pp. 125-150; Gil, M.E., «Victor de Cartena, Tomás Tamayo de Vargas y las falsificaciones del siglo XVII», en Barrios, M.J. y Crespo, E., (coords.), *Actas de X Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. 3, Madrid 2001, pp. 97-109; Sierra, V., «Tomás Tamayo de Vargas y las cartas al cronista Andrés de Uztarroz», en *Voz y Letra*, XX/2, 2009, pp. 137-162.

Conoció a Juan de Mariana e intervino en el debate sobre su obra con *La Defensa de la Historia General de España del Padre Juan de Mariana*. Se interesó por el pasado antiguo de Toledo y publicó diferentes obras sobre los falsos cronicones en las que nunca reconoció su falsedad. Destacan en este campo concreto su *Flavio Lucio Dextro caballero español de Barcelona. Prefecto-Pretorio de Oriente Governador de Toledo por los años del Sor CCCC*, el *Luitprando sive Eutrandi e subdiácono toletano & Ticiensi diacono Episcopi Cremonense* y *Toletum sive de rebus Toletanis Historia*. Su compromiso con la ciudad también se muestra en otras creaciones como el *Memorial al Rey Felipe IV por la lealtad de la ciudad de Toledo*, que es uno de los últimos intentos por reivindicar la antigua relación existente entre la ciudad y la monarquía.

La verdadera importancia de Tamayo de Vargas para la arqueología toledana radica en haber colaborado en la recuperación del protagonismo de la Antigüedad, que siempre llevó aparejado el deseo de conocer su cultura material. Sin esa vuelta hacia posturas más cercanas a las de los humanistas de mediados del siglo XVI, es imposible entender sus traducciones de autores como Horacio y Marcial¹³⁸ o la creación de obras como las *Notas a todas las Historias antiguas de España necesarias para su enmienda, defensa e inteligencia* o su *Apospasmation de rebus Emeritensibus ex Hispania antiqua auctorii*.

Pedro de Rojas (¿? – 1665), es el último de nuestros historiadores locales al que vamos a referirnos. Nació en el seno de una de las principales familias de la nobleza toledana. Fue canónigo de la catedral y III Conde de Mora. En su casa dispuso de una importante biblioteca en la que se reunía una de las academias más conocidas del Toledo del Greco. En ella participaron personajes como Lope de Vega, Jerónimo de Ceballos o Tamayo de Vargas¹³⁹.

¹³⁸ Alemán, J., «Una traducción inédita del *Ars Poetica* de Horacio, por Tomás Tamayo de Vargas», en *Criticón*, 70, 1997, pp. 117-148.

¹³⁹ Carrobles, J., «Los museos de Toledo. Reflexiones para el futuro desde una perspectiva histórica», en *Anales Toledanos*, XLIV, Toledo 2008, p. 188-190; Madroñal, A., *Op. cit.*, 1999, pp. 20-21; Marañón, G., *El Greco y Toledo*, Madrid 1956, pp. 94-102.

Su labor como historiador se volcó en la difusión de la grandeza de Toledo en un momento muy complicado para la ciudad. A ello se deben sus *Discursos ilustres históricos i genealógicos*, destinados a ensalzar la nobleza local y, sobre todo, su *Historia de la nobilísima, ínclita y esclarecida ciudad de Toledo* que fue publicada en 1654, fuera por lo tanto del ámbito cronológico que nos hemos fijado, aunque está escrita en él y sirve de cierre a nuestro estudio.

Esta obra y la que publicó algunos años después Cristóbal Lozano con el título de *Reyes Nuevos de Toledo*¹⁴⁰, constituyen buenos ejemplos del auge adquirido por la arqueología imaginada que venimos citando, caracterizada por la recopilación interesada, la carencia de fuentes novedosas o la realización de interpretaciones y reconstrucciones que, exagerando las ya forzadas interpretaciones de Román de la Higuera, dotan a los inmuebles antiguos de Toledo de una monumentalidad ficticia, auténticamente barroca. Es el caso de las descripciones citadas del supuesto Templo de Hércules, en las que se citan todo tipo de detalles y suntuosidad, a pesar de partir de una realidad en la que sólo eran visibles unos pocos machones de hormigón¹⁴¹.

La *Historia de Toledo* de Pedro de Rojas pone fin a la historia reivindicadora que caracterizó a nuestros autores desde las últimas décadas del siglo XVI. También a una arqueología incipiente que en pocos años pasó de ser una manera apasionada de acercarse al pasado, a convertirse en un argumento destinado a justificar un futuro cada vez más complicado.

Conclusiones.-

Ha llegado el momento de finalizar y para hacerlo, nada mejor que volver brevemente a la ciudad del siglo XVI. Fue a mediados de ese siglo cuando Toledo se convirtió en una auténtica ciudad imperial y en

¹⁴⁰ Lozano, Ch., *Los reyes nuevos de Toledo*, Madrid 1667.

¹⁴¹ Una relación de las descripciones realizadas de estos restos puede encontrarse en Carrobbles, J., *El teatro romano de Toledo. Una propuesta de identificación*, Toledo 2001. Otras valoraciones de carácter arqueológico sobre la edificación en: Blázquez, J.M., «Toledo romana en la investigación actual», en Carrasco, G., (coord.), *La ciudad romana en Castilla-La Mancha*, Cuenca 2012, pp. 84-85.

la «cabeza» del reino más poderoso de Europa. Su consolidación y mantenimiento necesitó de una naciente arqueología capaz de crear las imágenes cívicas que quería proyectar la ciudad. El destacado papel político que disfrutó fue posible, en buena medida, por la existencia de una élite intelectual que sentó las bases jurídicas, económicas e históricas de la entonces todopoderosa monarquía hispana. En ella encontramos el origen de muchas cosas. También el de una arqueología de corte humanista y alcance internacional, nunca valorada como se merece.

Su fin vino impuesto por la implantación de los planteamientos desarrollados en el Concilio de Trento y la gran crisis que afectó al reino y en especial a Toledo, que perdió parte del protagonismo del que había disfrutado. Sus intelectuales, ahora mayoritariamente historiadores, siguieron preocupados por el pasado aunque desde perspectivas muy diferentes. Fue entonces cuando se perdió el carácter internacional de la investigación toledana, cada vez más enzarzada en temas sacros y locales que, lógicamente, dejaron de interesar fuera de nuestras fronteras.

A este grupo le sucedió otro aún más aislado, reflejo de la situación que sufría la ciudad en los años centrales del siglo XVII. En él, se produce la recuperación de una cierta imagen amable del pasado clásico y, también, la definitiva pérdida del carácter científico de nuestra naciente arqueología, que acaba convertida en un mero recurso de creación literaria. Con ella se da inicio a una preciosa y poco conocida arqueología imaginada, plenamente barroca, que era la demandada por nuestros antepasados para lucir una preeminencia que, hacía años, había dejado de ser real.

El Greco fue testigo de todo ello y parece más que evidente que pudo participar activamente en los debates planteados en torno a piezas y hallazgos en Toledo¹⁴². Es el momento de recordar algunas de las muchas vivencias que acumuló en la ciudad de Roma. Por un lado, las

¹⁴² Cámara, A., «La pintura de El Greco y la construcción de la historia de Toledo en el Renacimiento», en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie VII, Historia del Arte, t. 7, 1994, pp. 37-55; Martínez-Burgos, P., «la metamorfosis de Toledo en la pintura de El Greco», en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie VII, Historia del Arte, n.º 17, 2004, pp. 61-80; Martínez-Burgos, P., «Alegoría y paisaje. La topografía espiritual del Greco», en *El Greco en la catedral*, Burgos 2011, pp. 91-103; Sánchez, A. y Olivares, J., «Lope de Vega y El Greco: Ut pictura poesis en el Toledo del siglo XVII», en *Bulletin of Hispanic Studies*, 88-1, 2011, pp. 21-41.

que tenían su origen en la contemplación directa de los grandes monumentos de la Antigüedad presentes en la antigua capital que siempre valoró¹⁴³. Por otro, las que pudo disfrutar durante sus años de estancia en el palacio Farnesio, en el que conoció las grandes piezas que durante el siglo XVI engrandecieron la colección de la familia propietaria. Es el caso de las que procedían de las excavaciones realizadas en las termas de Caracalla, en concreto de esculturas destacadas y emblemáticas como eran el *Hércules* o el grupo escultórico conocido como *el Toro*, que todavía conocemos con el sobrenombre de Farnesio en recuerdo de sus primeros poseedores¹⁴⁴.

Su etapa romana se caracterizó, además, por un contacto directo y frecuente con grandes humanistas apasionados por el pasado clásico. Destacan figuras como Fulvio Orsini, responsable de la adquisición de antigüedades para Alejandro Farnesio, capaz además de formar su propia colección en la que figuraban numerosas monedas, inscripciones, esculturas y cuadros de artistas contemporáneos, entre ellos siete obras del Greco¹⁴⁵. Su importante papel en el desarrollo de la numismática

¹⁴³ Su valoración de la Antigüedad partía de un conocimiento profundo de la misma. Sin embargo, se trataba de un interés que no coincidía con el de muchos de sus contemporáneos, al centrarse en su valor como referencia para la creación contemporánea. Ver Marías, F. y Bustamante, A., *Las ideas artísticas del Greco (Comentarios a un texto inédito)*, Madrid 1981, pp. 131 y 235; Álvarez Lopera, J., *El Greco. La obra esencial*, Madrid 1993, p. 59; Marías, F., «El Greco y los usos de la Antigüedad clásica», en *Actas de las VI Jornadas de Arte. Departamento de Historia del Arte «Diego Velázquez»*, Madrid 1993, pp. 173-182; Marías, F., *El Greco*, Madrid 1997, p. 95; Álvarez Lopera, J., «De historiografía. La recuperación del periodo italiano del Greco», en Hadjinicolaou, N., (ed.), *El Greco in Italy and Italian Art. Proceedings of the International Symposium Rethymno*, Creta 1999, pp. 23-46.

¹⁴⁴ Haskell, F., «La collezione Farnese di antichità», en Ajello, R.; Haskell, F. y Gasparri, C., *Classicismo détá romana. La collezione Farnese*, Nápoles 1988; la Rocca, E., «Le sculture antiche della collezione Farnese», en VV. AA. *Le collezioni del Museo Nazionale di Napoli*, Roma-Milán 1989, pp. 42-65; Sensi, L., «La collezione archeologica», en Morganti, G. (ed.), *Gli Orti farnesiani sul palatino*, Roma 1990, pp. 373-390.

¹⁴⁵ Nolhac, P. de, «les collections de Fulvio Orsini», *Melanges de l'École française de Rome*, IV, 1884, pp. 139-231; Nolhac, P. de, *Le bibliothèque de Fulvio Orsini*.

moderna en colaboración con el ya citado obispo tarraconense Antonio Agustín¹⁴⁶, es bien conocido y muestra la importancia del círculo intelectual con el que se relacionó nuestro artista y en el que conoció a personajes como Pedro Chacón o Luis de Castilla, que están en el origen de su llegada a la ciudad de Toledo.

Estos contactos y relaciones quedaron reflejados en el evidente interés que manifestó el artista por la Antigüedad. Un hecho que se pone de manifiesto por el estudio de los libros que acumuló en su notable biblioteca, en la que encontramos obras de Homero, Aristóteles, Flavio Josefo, Jenofonte, Luciano, Plutarco, Esopo o Vitruvio¹⁴⁷. Su obra pictórica e incluso retablistica, muestra igualmente ese interés por el pasado más antiguo, tanto por lo que implica la representación de arquitecturas monumentales inspiradas en las grandes obras clásicas, como por la realización de composiciones basadas en hechos y obras procedentes del mundo greco romano. Nos referimos a las que conocemos con el nombre de *la Fábula*, *el Soplón* o el fantástico *Laoconte*, que tienen su origen en textos de Plinio, Hesiodo o Virgilio¹⁴⁸.

No sería extraño por lo tanto que, desde su llegada a Toledo, el Greco mantuviera un cierto interés por la arqueología y participara en los debates sobre hallazgos e interpretaciones que le habrían permitido mantener el recuerdo de lo vivido en su crucial etapa romana y diferenciarse, una vez más, del conjunto de artistas de la ciudad de los que, como decíamos, no tenía buena opinión artística y menos aún intelectual¹⁴⁹. Una muestra clara de la existencia de la vinculación del

Contributions a l'Histoire des collections d'Italie et a l'etude de la Renaissance, París 1887; Álvarez Lopera, J., *Op. cit.*, 1993, p. 32; Marías, F., *Op. cit.*, 1997, pp. 90-99.

¹⁴⁶ Carbonell, J., «Fulvio Orsini i Antonio Agustín, precursors de la moderna munismàtica», en *Annals de l'Institute d'Estudis Gironins*, vol XXXII, 1992-1993, pp. 169-186.

¹⁴⁷ Marías, F. y Bustamante, A., *Op. cit.*, 1981, pp. 51-55 y 397-398.

¹⁴⁸ Álvarez Lopera, J., *Op. cit.*, 1993, pp. 58-60; Álvarez Lopera, J., «Inmortal y enigmático: Laoconte y sus hijos según el Greco», en VV.AA., *Historias inmortales*, Madrid 2002, pp. 113-144.

¹⁴⁹ La relación del Greco con los artistas toledanos fue muy reducida, tal y como lo muestra el hecho de que nunca recurriera a ellos para realizar las valoraciones de su obra que requería el modelo de contratación de los artistas imperantes en la ciudad.

Greco con algunos de los humanistas e historiadores toledanos que hemos tratado en este discurso, la tenemos en la firma de diferentes contratos y en los retratos que realizó de alguno de ellos. También, en el intercambio de ideas a través del préstamo o adquisición de publicaciones. Una situación que explica el hecho de que en su biblioteca figuraran libros que habían sido propiedad de Antonio Covarrubias o que después de su muerte, encontremos esos mismos libros en poder del historiador Tamayo de Vargas¹⁵⁰. Además, su relación directa con Pedro Salazar de Mendoza o Francisco Pisa, puede ayudarnos a entender los motivos por los que el Greco nunca se interesó por representar a San Tirso ni a ningún otro santo imaginado de los muchos que empezaron a tomar protagonismo en la ciudad. Muy al contrario, sólo sabemos que se preocupó por crear figuras icónicas de San Ildefonso o por destacar la imagen de algunos edificios antiguos toledanos, especialmente simbólicos pero reales, como eran el puente de Alcántara o la catedral. El resultado fue la creación de una obra que coincidía con una de las corrientes que se enfrentaron en el Toledo del Greco.

Este interés por las antigüedades toledanas se pone claramente de manifiesto en obras tan destacadas como la *Vista y Plano*¹⁵¹. En ella aparecen representados, de manera detallada, los restos del circo romano como muestra del esplendoroso pasado de la población que eligió para vivir, en un momento en el que la crisis de la ciudad empezaba a ser más que evidente. También una figura alegórica que simula ser de bronce y muestra el conocimiento de los emblemas humanísticos más conocidos en esos años. En este sentido, este gran lienzo conservado en el Museo del Greco es un magnífico ejercicio con el que mostrar, de forma gráfica, su adhesión a los criterios reivindicativos de nobleza, cristiandad y antigüedad, que otros estaban formulando entonces para la ciudad de Toledo y que, como acabamos de ver, movieron a nuestra naciente arqueología.

Ver Salas, X. y Marías, F., *El Greco y el arte de su tiempo*, Madrid 1992, p. 98; Marías, F., *Op. cit.* 1997, p. 130.

¹⁵⁰ San Román, F. de B., «Dos libros de la biblioteca del Greco. I: El Jenofonte de Florencia (1516)», en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, XIV, 1941, pp. 235-238; Marías, F., *Op. cit.*, 1997, pp. 168-169, nota 36.

¹⁵¹ Brown, J. y Carr, D.A., «La Vista de Toledo», en Brown, J. y otros, *Visiones del pensamiento. Estudios sobre El Greco*, Madrid 1984, pp. 37-55.

El resultado es una historia visual de la ciudad de acuerdo con los ideales cívicos de la época y una obra excepcional considerada en el mundo como una genialidad del Griego de Toledo. Un reconocimiento merecido del que no ha disfrutado la obra de otros toledanos de la época que ha caído en mayor olvido. A ellos les dedicamos este discurso.

He dicho.

